

ELLEN LOPEZ

SECUNDO PASAJE

MAYORÍA DE EDAD

ROMANCE



Encontrar el amor de nuevo.

Segundo Pasaje

ELLEN LOPEZ

Segundo Pasaje

Novela

Ward Publishing Company | Charlotte

Segundo Pasaje

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida en
de cualquier manera sin permiso por escrito
del autor o editor.

Segundo pasaje es una obra de ficción. Nombres, personajes,
lugares e incidentes son producto de la
imaginación o se utilizan ficticiamente. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura
coincidencia.

Derechos de autor © 2024 por Angela Ellen Lopez

Ward Publishing Company

P.O. Box 2829

Matthews, NC 28106

ISBN: 9798323711437

Library of Congress Number: en proceso

BookCoverZone.com

Traducción: DeepL

Temas: Romance, Entorno extranjero, Citas, Amor, Quién lo hizo

Producido en los Estados Unidos de América

Segundo Pasaje

Uno cabalga y cabalga a través
del desierto durante días,
semanas, meses, años,
sin comida, sin agua, mucha
adversidad y sudor, y finalmente,
un poste de enganche. - Blas Lopez

Contents

[CAPÍTULO 01 – ROJO](#)

[CAPÍTULO 02 - JAYDEN](#)

[CAPÍTULO 03 – NOTICIAS](#)

[CAPÍTULO 04 – CARLOTA](#)

[CAPÍTULO 05 – CHATEAR](#)

[CAPÍTULO 06 – TRAMMEL](#)

[CAPÍTULO 07 – EXCITADO](#)

[CAPÍTULO 08 - JILL](#)

[CAPÍTULO 09 - QUEMAR](#)

[CAPÍTULO 10 - BIBLIOTECA](#)

[CAPÍTULO 11 - OPCIONES](#)

[CAPÍTULO 12 - CONTRATADO](#)

[CAPÍTULO 13 - PREPARAR](#)

[CAPÍTULO 14 - EMPAQUE](#)

[CAPÍTULO 15 - EN RUTA](#)

[CAPÍTULO 16 – SAO PAULO](#)

[CAPÍTULO 17 - HACIA EL SUR](#)

[CAPÍTULO 18 - BOMBINHAS](#)

[CAPÍTULO 19 – EL MOTEL](#)

[CAPÍTULO 20 - PULSO](#)

[CAPÍTULO 21 - BISTRÓ](#)

[CAPÍTULO 22 - CALA](#)

[CAPÍTULO 23 - ESCUELA](#)

[CAPÍTULO 24 - AARON](#)

[CAPÍTULO 25 - MAPAS](#)

[CAPÍTULO 26 - GATITO](#)

[CAPÍTULO 27 - VETERINARIO](#)

[CAPÍTULO 28 - PÍCNIC](#)

[CAPÍTULO 29 - ZIMBROS](#)

[CAPÍTULO 30 - PREGUNTAS](#)

[CAPÍTULO 31 - ISLA](#)

[CAPÍTULO 32 - BEBÉ](#)

[CAPÍTULO 33 - CAIXA](#)

[CAPÍTULO 34 - CABANA](#)

[CAPÍTULO 35 – BRUNO](#)

[CAPÍTULO 36 - YAMAHA](#)

[CAPÍTULO 37 - ACOGIDA](#)

[CAPÍTULO 38 - SUSPENSO](#)

[CAPÍTULO 39 - SOBREVIVIR](#)

[CAPÍTULO 40 - SOSPECHOSO](#)

[CAPÍTULO 41 – REFLEJAR](#)

[CAPÍTULO 42 - Languidecer](#)

[CAPÍTULO 43 - FINALES](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 01 – ROJO

Una mañana, una bola curva empañó la vida romántica de Carlota Forester. Se levantó al amanecer para preparar su viaje al banco, ya que necesitaba dinero para los extras de Marcia, como un moisés, algunos cascabeles, juguetes, mantas y champú para bebés.

Marcia se despertó malhumorada y no quiso tomar el biberón ni siquiera después de que Carlota se lo recalentara dos veces. Carlota le puso un pañal, la vistió con un pelele Snap-On y la acostó en el cochecito. Bella, por su parte, recibió comida dura, agua fresca y palmaditas en la cabeza.

Mientras Carlota canturreaba para sí misma, cerró el hotel. Marcia se movía inquieta en el cochecito. Se dirigieron al banco sin problemas ni flirteos no deseados.

Marcia se rió durante todo el trayecto. Una vez allí, Carlota giró el cochecito y lo hizo pasar por la puerta del banco. A continuación, se dirigió al cajero.

"Quiero sacar 500 dólares o 2.569,25 reales brasileños". El cajero le hizo caso y se fijó en el bebé de Carlota.

"Que be lindo você tem", se desmayó la cajera sobre Marcia mientras Carlota se embolsaba el dinero en su cartera.

"Gracias", le dijo a la cajera, y para evitar charlas triviales se echó la mochila al hombro, cogió las asas del carrito del bebé y se dirigió a la puerta.

Fuera, una vez más, la media mañana se había convertido en una calurosa sauna. Qué calor, pensó Carlota. ¡Vaya! El sol resplandecía, así que levantó el brazo para protegerse los ojos mientras pedía un taxi para dirigirse a su siguiente parada, la tienda de bebés.

Los petardos o algo así estallaron y rebotaron contra el banco y los edificios circundantes. Su antebrazo se hizo añicos. ¿Qué? Los peatones se tiraron a la calle con la nariz apoyada en el hormigón y yacían allí amontonados como maniqués tirados.

La sangre brotó del antebrazo de Carlota y el brazo se le cayó al costado. Con un grito de alarma, Carlota cogió el cochecito de bebé, entró a trompicones en el banco y se desplomó en el suelo con un ruido sordo.

Carlota gimió y se retorció en el suelo del vestíbulo del banco; la sangre rodeaba su cuerpo. Un agente de la policía de seguridad corrió a su lado. La había visto antes en el banco y le gustó lo que vio. Conocía su nacionalidad y supuso que no sabía portugués.

Otros dos hombres vestidos de azul oscuro y con insignias llegaron corriendo, se agacharon,

la levantaron y la colocaron en una cómoda silla. Se dieron cuenta de que Carlota sangraba por el brazo, pero también por el pecho.

Suspiró cuando uno de los hombres se arrancó la camisa y le envolvió el pecho con ella para detener la hemorragia. No estaba lo bastante despierta para preguntar por Marcia. Llegó una ambulancia que la llevó a toda prisa hacia el hospital de urgencias local, con Marcia y el cochecito.

Carlota, débil por las babosas, se tiraba del pelo, se tocaba el cuerpo y se quejaba de los confines. El agente le dijo que estuviera tranquila y que pronto llegarían al hospital. Allí los médicos le curarían las heridas del pecho y le colocarían el brazo. En el camino, el médico le aplicó un torniquete en el brazo, pero había perdido mucha sangre cuando llegaron al hospital.

Carlota, todavía en la niebla, no entendía lo que había pasado. Conocía la actualidad brasileña, pero no había leído nada sobre tiroteos aleatorios en bancos. Se desmayó cuando llegaron al hospital.

La llevaron al quirófano y el Dr. Gerona extrajo las balas. Cuatro. Tres en el pecho y una en el brazo. Dijo que había perdido mucha sangre.

Una enfermera la llevó a una habitación privada. Las siguientes seis horas resultaron ser críticas.

"¿Dónde está Marcia?" susurró Carlota mientras la llevaban a la habitación privada.

"El bebé está con la Sra. Willa en pediatría", dijo la enfermera. "Está en buenas manos con la enfermera Willa. Ella protegerá y cuidará de tu bebé hasta que estés lista para dejar el hospital".

Carlota se echó hacia atrás y suspiró; una lágrima rodó por su mejilla. En su estupor, se preguntaba si aquella buena gente podría ayudarla. Tenía tanto por lo que vivir.

CAPÍTULO 02 - JAYDEN

Aunque Jaydan y Carlota estudiaron por separado en institutos de Nashville (Tennessee), no fue hasta la universidad cuando se vieron por primera vez en el supermercado Harris Teeter. Su estómago dio un vuelco; el Mar Rojo se abrió.

Tragó saliva. Su corazón galopó como un caballo de carreras ciego. Su respiración es rápida y profunda. Calmó sus incontrolables hormonas con una rápida palmada en la ingle y un meneo en la pierna y se acercó a ella para pedirle su número de teléfono o perder para siempre su oportunidad.

Al mismo tiempo, en la sección de frutas y verduras, Carlota forcejeaba con una manzana roja después de limpiarse la nariz con el dorso de la mano. Jayden se rió y la saludó con el brazo en alto. Ella miró hacia atrás para ver si otra persona le había llamado la atención. Él volvió a agitar el brazo mientras se acercaba sin dejar de mirarla.

Jayden creció en Hendersonville, a las afueras de Nashville, cerca del lago Old Hickory. Él y su hermano Johnny, dos años menor que él, jugaban al fútbol y al softball en el colegio privado Ivy Brook. Johnny siempre admiró a Jayden e intentó imitarle, pero nunca estuvo a su altura.

Las chicas se agolpaban en el espacio de Jayden, pero él las ignoraba en favor de sus estudios y sus libros. Además, necesitaba concentrarse en sus futuros planes de educación. Había tenido una infancia estupenda. La familia Annesley acampaba, navegaba y pescaba en los muchos lagos que tenían a su alcance en Tennessee.

"Vaya que eres hermosa", soltó Jayden con su sonrisa ardiente. "¿Quieres salir conmigo?"

"¿Y tú quién eres?" dijo Carlota, sorprendida. "Creo que no te conozco". Le gustó mucho su aspecto: alto, 1,80 m, moreno, ojos amables y muy atlético. Debía de tener unos treinta y dos años.

"Soy Jayden Annesley. ¿Podrías darme tu número de teléfono?" Le dio un vuelco el corazón.

"¿Me estás tomando el pelo?" Su estómago se tensó, pero sus ojos soltaron una risita, su estómago mareado. "Bueno, no lo sé".

Carlota inhaló - sus ojos redondos y entrecerrados.

"Claro. Carlota escribió su nombre y su número y se lo entregó. Le siguió un simple lamento.

"No perderé esto", agitó el papel y sonrió, luego le guiñó un ojo a Carlota como si le hubiera

tocado la lotería. Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo trasero mientras Carlota seguía con sus compras.

Un minuto después sonó el móvil de Carlota.

"Hola, soy Jayden", se rió. "Sólo quería que tuvieras mi número". Ella puso los ojos en blanco, pero se sintió acalorada por la fiebre. Empezaron a salir.

Durante los días que pasaron juntos en la universidad, las tardes eran cálidas y perezosas. Devoraban las tareas de sus libros. Discutieron las desoladoras causas de la caída del Imperio Romano; debatieron los pros y los contras del tratado político de Thomas Hobbes El Leviatán; y simpatizaron con el pobre y ambicioso Clyde Griffith y la pobre Roberta en Una Tragedia Americana.

Después de que Jayden y Carlota se graduaran en la Universidad de Virginia, se instalaron en un pequeño apartamento en Nashville. Se casaron en Figure Eight Island, una isla para ricos y famosos frente a la costa de Carolina del Norte. Treinta amigos y familiares les aclamaron. Una noche en uno de los hoteles frente al mar de Wrightsville los lanzó a París para su luna de miel de una semana.

A su regreso, Jayden consiguió un puesto de redactor nacional en la revista People Magazine, mientras Carlota se convertía en escritora y colaboradora independiente, además de docente a tiempo parcial en la Galería de Arte de Nashville. Pronto nació Zeke, su mayor logro.

Jason se las ingenió para conseguir entrevistas de calidad y locales con los músicos, las emisoras de radio, los productores y los cantantes más populares para forjarse una reputación en el género de la música country.

Se convirtió en la persona de referencia en Nashville, lo que no era poco, y el dinero no paraba de llegar. Se rió y cortó con leyendas de la música como Blake Sheldon, Brad Paisley y Carrie Underwood, e ideó anuncios de locales de música y conciertos para el Nashville Times.

Carlota incluso publicaba artículos sobre la vida y la época de cantantes populares y actuales, como Reba McEntire, ya que vivían a uno o dos kilómetros de distancia.

Como se podía ver, la vida de Carlota y Jayden no había hecho más que empezar. Su futuro brillaba más que los faros con las luces largas.

Pero entonces... todo cambió.

CAPÍTULO 03 – NOTICIAS

Las noticias desagradables siempre llegan cuando uno menos se lo espera. Eran las cinco y media de la tarde en Nashville, el sol brillaba en el cielo y no se preveía lluvia. Carlota estaba tumbada en el patio, cansada del trabajo, tomando un té verde caliente mientras su hijo daba patadas a un balón de fútbol en el frondoso césped verde situado a cuatro metros de distancia.

Después de que los agentes de policía llamaran cinco veces al timbre de la puerta principal, recorrieron el lateral de la casa hasta la parte trasera en busca del propietario. Cuando se acercaron a Carlota, sus rostros mostraban unas líneas sombrías.

Carlota giró la cabeza, se cruzó de brazos y respiró hondo. Agentes de policía. Se quedó con la boca abierta y abrió más los ojos. Zeke se puso rígido.

"¿Podemos sentarnos con usted?", preguntó un agente.

Con un gesto del brazo, señaló los asientos. Se sentaron y se quedaron mirando la cara de Carlota.

Uno de los agentes pensó que era muy joven y guapa. Odio tener que darle esta noticia.

"¿Es usted Carlota Annesley?"

"Sí, lo soy". Ella tragó saliva.

"¿Es Jayden Annesley tu marido?" preguntó.

"Es mi marido", se sentó con la espalda recta como una flecha, su tono tenso. "¿De qué va esto?"

Zeke, con la cara roja, se acercó al lado de su madre, que lo agarró y le rodeó la cintura con un brazo. Al mismo tiempo, observó a los agentes mientras controlaba sus emociones. Se daba cuenta de que no iba a ser una agradable e inocente revisión ciudadana con las fuerzas del orden.

"Siento mucho decírselo, pero el Sr. Annesley ha sufrido un accidente mortal en un teleférico en la calle 32 del centro. Sobre las tres de la tarde de hoy".

Durante varios segundos, Carlota se quedó mirando a los agentes. Paralizada, como atrapada en arenas movedizas, se le cerró el estómago. Sus cejas se fruncieron. Zeke gimoteó. Ella lo abrazó y luego sollozó; su rostro se contorsionó como si le hubieran dado un puñetazo con las manos en la masa.

"Un gran camión de cemento chocó-contró el teleférico en el que viajaba Annesley. Tras el impacto, se golpeó la cabeza contra el armazón de acero del asiento y murió. Hubo otras víctimas. No sabemos más".

Carlota se cubrió la cara. ¿Estoy oyendo bien? ¿Es un sueño?

Los agentes la miraron fijamente. Mientras miraba al cielo abierto, su boca se torció y sus ojos se cerraron como si quisiera enterrar la impactante noticia.

Salió de su ensueño y preguntó a los agentes: "¿Dónde está mi marido? ¿Y de qué empresa es el camión de cemento? Esto es horrible".

Carlota no podía creerlo. Su único y verdadero amor, su marido Jayden Annesley, había muerto en un accidente de teleférico en su ciudad natal de Nashville, Tennessee.

Todo esto había ocurrido hacía tres años.

CAPÍTULO 04 – CARLOTA

Antes de la muerte de Jayden, Carlota personificaba la bondad, la belleza y la felicidad. Con un metro setenta, pelirroja, tenía una tez suave y ninguna peca oscura que estropeará el lienzo. Tenía inteligencia, belleza y vivacidad; por lo tanto, no tenía verdadera necesidad de regatear con su apariencia.

Antes de ir a la universidad, su vida era un torbellino de animadoras, escuela y clases de baile. Sus padres la adoraban. Ella, hija única, lo había tenido todo: ropa, bolsos, comida, coche, cualquier cosa. Incluso caros viajes educativos a Asia, Rusia, Polonia y la República Checa.

Pero esto no la perjudicó en el sentido de que la malcriara. Todo lo contrario. Apreciaba los países extranjeros, la gente, sus gustos y diferencias.

En su dolor actual, Carlota se aferraba a su pasado como hacen los ancianos cuando rememoran sus días de primavera durante sus años de invierno.

Recordaba su vida matrimonial y la de Jayden. Al principio, se habían puesto el delantal y el cinturón de herramientas y habían construido, mediante planos, hileras de pintura, lámparas y un equipo de expertos, una casa de ensueño de dos plantas y piedra de Austin en un acre del noroeste de Nashville.

Jayden amaba a la madre naturaleza, así que planificó la estructura como las casas "naturales" de la California de los años sesenta: habitaciones abiertas con jardineras para la vegetación, rocas de la zona y riachuelos con cascadas.

Plantaron sicomoros y melocotoneros en el límite frontal de su propiedad y una gran bañera para pájaros de cerámica azul brillante en el patio trasero que atraía a pájaros carpinteros de cabeza roja, pájaros azules, cardenales y gorriones; por no hablar de las pandillas de ciervos sedientos que se paseaban por su interior. Zeke, el joven entusiasta de los pájaros, mantenía la bañera limpia y llena.

Antes de cada ajetreada jornada laboral, Carlota y Jayden tomaban café juntos en el patio luminoso y ventoso, escondido bajo el toldo de lona a rayas verdes y blancas, bordeado de macetas de porcelana con begonias naranjas y rosas.

Se cogían de la mano, se besaban y contemplaban la actualidad mientras observaban el vuelo de sus pájaros favoritos. A veces Zeke también se levantaba de la cama para verlo. Los

mejores momentos de su vida, como sus viajes anuales a Colorado para esquiar, siempre les levantaban el ánimo, cansados del trabajo. Las montañas les atraían; el cacao caliente "del oeste" atraía a Zeke.

Carlota pasaba la mayor parte del tiempo devorando libro tras libro de Nora Roberts, Elin Hilderbrand y Nicholas Sparks mientras bebía ponches calientes frente a la chimenea del hotel. La familia paseaba por los frondosos parques de Colorado Springs y visitaba Pikes Peak para contemplar las vistas con cuidado de no despeñarse.

Qué vida llevaban.

Su familia y sus amigos no podían creer que Carlota, una madre de treinta y un años con un hijo de cinco, se hubiera cruzado con las garras de la viudedad. Incluso cuando la fecha de la muerte de Jayden se alejaba, el miedo y la ansiedad brotaban y maduraban en la vida de Carlota como si la mano de Dios la hubiera abandonado.

CAPÍTULO 05 – CHATEAR

Durante los dieciocho meses posteriores a la muerte de Jayden, Carlota se sumió en un estado de ansiedad, dolor lumbar y depresión.

Pero había aguantado el funeral, los juicios, los pagos de la casa y los servicios y la crianza de Zeke. Se convirtió en un robot. Ahorrar y "prescindir" se convirtió en su lema. No salía, se retraía.

Se convirtió en una marioneta abatida -sin sentimientos, sólo deber o trabajo-, ella moviendo los hilos.

Si no hubiera tenido el bebé de Jayden, no sé dónde estaría hoy. Zeke, mi pequeño Jayden, mi pequeño salvador, tiene la misma 'frente de determinación' que su padre. Estoy muy orgullosa de él.

Zeke iba a la guardería y hacía deporte con sus amigos, pero Carlota le oía llorar por las noches. Ella lo entendía. Ella también lloraba. Lamentaba la vida que habían tenido con Jayden. Había sido una vida estupenda.

Carlota supuso que Jayden no querría que ella viviera una vida triste y llena de penas. ¿Cómo salgo de esta caja depresiva que me he hecho? ¿Cómo conozco gente nueva? ¿En mi trabajo en la Galería de Arte de Nashville? ¿O encuentro a alguien en la Iglesia? Esto significa que tendría que ir a la Iglesia más a menudo.

A Carlota le esperaba un **nuevo árbol** que escalar si se casaba por segunda vez. Sobre todo, si uno o ambos tenían hijos.

Carlota tenía conocidos en el trabajo que le informaron de que tuviera cuidado si se casaba con un hombre con hijos porque desconfiaría de ella y de Zeke.

"Eres mayor y ya tienes un hijo", le dijo su colega. "La gente llamaría a Zeke 'equipaje'. ¿Qué hombre querría mantener a un hijastro, el hijo de otro hombre? Los hijastros pueden ser santos terrores dependiendo de la química y la edad del niño. Son minas terrestres para problemas potenciales".

"Nunca llegarás a formar parte de su familia", comentó otro colega bienintencionado. "Eres un extraño porque te perdiste los años importantes dentro de esa familia cuando los niños crecían. No estabas allí para sus nacimientos, sus cumpleaños, Navidades, otras fiestas".

"Suena como si tuvieras experiencia de primera mano", dijo Carlota.

"Bueno... puede ser. Aunque sé que hay gente que lo lleva muy bien".

"Sí", dice otro, "se necesita tiempo para entablar relación con un hijastro, pero no hay garantías. El mantra común es 'no tienes sangre'".

Carlota no quería desanimarse de buenas a primeras, pero sus colegas le habían dado buenas pero sombrías pistas en las que pensar.

¿Quién no querría a mi hijo? Pero eso es lo que dicen todas de sus hijos. Además, Zeke podría no quererlos. Así que ya está.

"Zeke, te quiero mucho", besaba Carlota a su hijo todas las noches al acostarlo.

CAPÍTULO 06 – TRAMMEL

Aún entumecida tras la muerte de Jayden, Carlota se arrastraba fuera de la cama cada mañana, se ponía un vestido, cualquier vestido, zapatos, cualquier zapato. Hacía todo lo posible por ponerse colorete y pintarse los labios, echarse desodorante y peinarse.

Despertó a Zeke, que se quejaba a diario de madrugar, lo que le provocó un malestar estomacal para empezar el día. Luego preparó huevos revueltos y tostadas para el desayuno y llevó a Zeke a la guardería y a ella misma a la Galería de Arte de Nashville a las 9 de la mañana.

Incluso en su peor momento, esbozaba una sonrisa falsa mientras dirigía las visitas al museo. Le encantaba esta galería de arte desde la escuela primaria por su amplia galería de impresionistas.

Trammel Anderson, de treinta y cinco años, empleado de la Galería de Arte desde hacía mucho tiempo y un auténtico advenedizo, se había hecho pasar por una deslumbrante estrella de cine. Junto con su pelo grasiento, lucía extraños tatuajes tanto de serpientes verdes como de arrugadas hojas de marihuana indelebles en la parte superior de los brazos y el cuello.

Al igual que el viejo y manipulador mentiroso Daniel Quilp, a Trammel le importaba un bledo lo que pensarán de él. No se tomaba la vida en serio, no tenía ningún objetivo ni propósito, excepto "tomar".

En sus pausas para el café, Trammel se paseaba por el vestíbulo para llamar la atención de Carlota.

"¿Quieres salir a cenar conmigo a The Filling Station este viernes por la noche?". Se había acercado a ella y la había invitado a salir. Ella se había fijado en él, pero no le había dado mucha importancia.

¿Estoy desesperada, se preguntó Carlota? ¿O me interesa este hombre? ¿Me presiono demasiado para una cita? No puedo pensar con claridad.

Incluso con un título de la Universidad de Virginia, Carlota había luchado contra la duda después de la muerte de Jayden y su lucha contra la maternidad en solitario. Sin embargo, necesitaba que un hombre, aunque fuera un chiflado, la invitara a salir.

Siguió un torbellino de citas mediocres con Trammel. Comieron en restaurantes del centro de

Nashville, fueron de vacaciones a Chesapeake para fotografiar los ponis españoles y recorrieron los museos de Washington, incluida la Galería Nacional de Arte del Mall.

A medida que su relación crecía, Trammel se presentaba sin avisar en casa de Carlota cada fin de semana por la mañana para tomar un café, donde ella recibía dinero de él para pagar las facturas de electricidad, teléfono y gas.

Pero ocurrían cosas extrañas una y otra vez en sus citas en los restaurantes y cafés. Trammel dispuso su silla de cara a la entrada o vestíbulo del restaurante para inspeccionar a cada uno de los entrantes como si buscara a un conocido e ignorara a Charlotte.

Carlota, harta, preguntó: "¿Por qué tienes los ojos pegados a la puerta mientras te hablo? Soy tu cita".

"Porque envié correos electrónicos a todos mis contactos diciéndoles en qué restaurante estaríamos y les invité a acompañarnos. No creí que te importara. De todos modos, tú y yo necesitamos animarnos. Les saludaré cuando entren".

"¿Qué?! ¿Y no me lo dijiste? Pensé que teníamos una cita. Esto no es una cita".

"Sí que lo es. ¿Cómo te atreves a meterte conmigo?", dijo. "Tienes que seguirme la corriente y callarte. Recuerda que te invité a salir".

Carlota gruñó.

Trammel, un verraco egocéntrico y ruidoso, interpretó que Carlota había errado el tiro como novia aceptable. Mostraba una disposición restringida que él detestaba. Para él, ella era el ejemplo de una rígida hogareña, una introvertida de libro, una aburrida santurrona.

Una petición chabacana que siempre pillaba desprevenida a Carlota era que Trammel quería que se sexualizara más; que hiciera cosas pervertidas con vendas en los ojos, esposas o elásticos que ella no quería ni se sentía cómoda haciendo. Especialmente con él. Pero las hacía de todos modos para no perderlo. Quería complacerle.

CAPÍTULO 07 – EXCITADO

Cuando Carlota se miró en el espejo del baño, estuvo a punto de golpear su propia imagen. Ya no veía una belleza. Sus ojos oscuros inyectados en sangre, su boca tensa, sus ojos inclinados hacia abajo como luciérnagas condenadas; personificaba a una borracha, pero no lo era. El derviche giratorio del Tiempo, ese pomo de poder de la Vida, esa prisión de sus propias incertidumbres y Trammel Anderson habían aniquilado su belleza.

Se echó una camisa arrugada de Be-Easy-Babe por encima de la cabeza y los hombros, se alisó el pelo con un lengüetazo y una promesa, echó un chorrito de laca en un rizo rebelde y se aplicó brillo de labios.

Tras echarse un poco de perfume Dior, cogió su bolso de noche, exhaló, puso los ojos en blanco y salió por la puerta principal mientras Trammel se acercaba en su deportivo azul último modelo, cruzando el pequeño puente de madera que conducía a su amplia casa.

Atravesó charcos de agua en la acera, pues acababa de llover, y se acercó al coche de Trammel. Frunció el ceño y se agachó para abrir la puerta del copiloto. Pero antes de entrar, miró por encima del techo del coche en busca de alguna trampilla de escape viable, se encogió al no encontrar ninguna, entró en el coche y se acomodó.

No habló con Trammel, pero miró por la ventanilla lateral mientras él se alejaba por el puente. Sin saberlo, la larga y lúgubre noche que le esperaba en el exclusivo restaurante Palm la traumatizaría y la llevaría a la necesaria búsqueda de pareja que la impulsaría hacia una nueva y satisfactoria vida.

En el Palm, localizaron a sus amigos en una gran mesa al fondo; hubo que arrastrar más sillas. Risas, codazos, abrazos y charlas impregnaron el ambiente junto con el aroma ahumado de la especialidad china de pato asado.

El grupo, todos veinteañeros, no se veían desde la universidad. Cada una había seguido su camino por matrimonio, trabajo o hijos.

"Hola, Jill", gritó Carlota y saludó. "Ah, ahí está Martín también".

Los íntimos amigos Jill y Martín Suárez habían estado siempre en la vida de Carlota. Habían mantenido el contacto durante sus años de universidad y después, pero nunca habían tenido la oportunidad de visitarse en persona.

"No me puedo creer que seas tú", exclamó Jill y abrazó a Carlota. "¿Cómo está tu hijito?"

"Zeke ya tiene cinco años, ¿puedes creerlo?".

"Estoy listo para llevarlo a pescar y a cazar, como, eh, hizo Jayden," Martin tragó saliva, mientras bajaba los ojos. "Uh, lo siento, de todos modos, nos quedaremos en Nashville durante un mes, así que tendremos tiempo".

"Suena genial", sonrió Carlota. "A Zeke le encantaría, y a ti también. Pongámosle fecha".

En un momento dado, Trammel y Carlota se miraron. Una mirada helada de odio se propagó por todo el rostro de Trammel. Si hubiera podido salirse con la suya enseñando sus feos dientes de víbora, lo habría hecho, había llegado a detestar tanto a Carlota.

Trammel se inclinó hacia Carlota, la agarró del antebrazo y murmuró: "Como yo pago tus facturas de electricidad, teléfono y gas, entonces me lo debes".

A Carlota se le revolvió el estómago. Se ahogaba cada vez que respiraba. "Pero depende de qué", replicó Carlota, pero sabía a qué se refería. "En mi mundo, soy libre de hacer cualquier cosa sin presiones ni venganzas. Una relación es mejor cuando hay honestidad y no se lleva la cuenta, si no, no es una relación."

"Sí, es una relación", contraatacó Trammel, con los ojos enfadados. "Yo tengo más dinero, así que tengo más voz y voto".

Carlota movió la cabeza de un lado a otro hasta que se le voló un pasador. "Eso es una gilipollez total...".

La voz de Trammel subió una octava mientras la increpaba: "¡Cállate! No lo entiendes".

Los demás, incluso los del otro lado de la sala, levantaron la vista sorprendidos e hicieron una mueca.

Carlota lloraba en la mesa. Se sentía como un animal enjaulado. Se levantó y se dirigió a trompicones al baño.

Carlota volvió a la mesa serena, se sentó junto a Martin y dijo: "Trammel y yo fuimos a la ...".

Trammel interrumpió y miró a Carlota con el ceño fruncido. Ella agachó la cabeza. Trammel terminó su frase: "Sí, hoy hemos llevado a comer a Longhorn Steakhouse a unos cuantos docentes del museo. Te vimos, Martin, subiendo a un autobús en el centro".

Martín lanzó una mirada preocupada a Carlota.

"Me hubiera gustado veros. O mejor aún, haber ido a comer". Frunció el ceño.

Tras el incidente del restaurante Palm, Carlota, maltratada por el cruel y sádico Trammel, se menospreció a sí misma por la humillación recibida delante de todos. Tras un buen llanto, Carlota se secó los ojos, cogió el teléfono y marcó a Jill, su amiga y confidente.

CAPÍTULO 08 - JILL

Carlota moqueó. "Jill, ¿quieres comer hoy conmigo?"

"Apuesto a que es por Trammel, ese cascabel engreído e inútil", dijo Jill. "Si no te alejas de él, el fuego que llevas dentro se apagará. Pero, lo siento. No debería entrometerme".

Se acomodaron en una acogedora mesa del Monroe House, una cafetería de ensaladas especiales en el centro de Nashville. Examinaron el menú y pidieron la ensalada César de pollo con té helado.

Carlota empezó de inmediato. "Trammel me menosprecia. Soy como un chicle que puede masticar y escupir a voluntad. Tengo un cartel en la espalda que pone 'Patéame' y que sólo él puede ver", se le saltaron las lágrimas a Carlota. "¿Te acuerdas de la otra noche en el restaurante Palm?".

"Cómo voy a olvidarlo. Sí, entonces también te pusiste a llorar. Carlota, por favor, comprueba tu antena. Es la cara del terror. Deshazte de ese imbécil. Nunca se convertirá en un príncipe. No quiere a nadie más que a sí mismo y cree que el mundo entero gira a su alrededor. No dejes que Trammel distorsione tu fabulosa personalidad. Eres un premio".

"Es difícil elevarse por encima del vitriolo constante y malo. Empecé a creermelo lo tonta que era o lo simple que era. Nunca había pensado así. Pero esto es un lío de mi propia creación. "

"Es tan convincente, ¿verdad?". Ava torció la boca. "Escucha Carlota, se avecina una avalancha si sigues con él. Es tu momento de quitarte de en medio".

Pero Carlota no lo oyó porque vio a una joven pareja al otro lado de la habitación mirándose con odio. La boca de él torcida, los ojos de ella rojos y asustados. La chica se acurrucó en su asiento como si le hubieran dado un calcetín; con la boca gacha pero lo suficientemente estoica como para contener una rabieta de lágrimas.

Cabría preguntar a Carlota, ¿qué atracción ejercía Trammel sobre ella en un principio? Tras la muerte de Jayden, había planeado salir de su letargo y seguir adelante con su vida, al diablo con las consecuencias. En esta coyuntura de su vida, Carlota, ingenua, aún no tenía ni la más remota noción de las figuras y engendros de pesadilla que podían cruzarse en su camino.

Ava trasladó su mirada a la misma pareja.

"No dejes que seas tú. Eres fuerte por dentro. Al menos el imbécil no te quitó eso. Sí, puedes seguir adelante desde Trammel. Recuerda, tuviste a Jayden. Tienes a Zeke. Dios mío, te

graduaste en la Universidad de Virginia, una de las diez mejores".

Carlota hizo una mueca y dijo: "Es raro lo que el maltrato verbal puede hacerle a una persona, incluso a una graduada de la UVA. Pero espero encontrar la fuerza para modificar mi error del pasado".

"Parece que les ocurre más a las mujeres", afirma Ava. "No sé si es por la forma en que los padres educan a sus hijas, pero ellas se llevan la peor parte. El condicionamiento puede empujar a las mujeres a querer un hombre, cualquier hombre. Aquí es donde viene el problema".

Carlota se sintió identificada. Había estado despechada desde que Jayden murió y quería otra relación rápido. Pero ser tratada como un cubo de basura personal por un Trammel o cualquier otro, no más.

"Ava", dijo Carlota, "sí quiero volver a amar. Así que tendré cuidado. No sabía nada de Trammel".

Trammel llegó sin anunciarse a su casa un fin de semana para tomar su café matutino. Como siempre, Hulk eligió sentarse en una silla junto a ella en el patio.

"Lárgate. Sal de mi vida, Trammel. Estoy harta de ser tu saco de boxeo de ciega, sorda y tonta", dijo Carlota.

Trammel se quedó inmóvil y miró con desprecio a Carlota, que se había atrevido a hablar. No podía creer que se hubiera doblegado ante un tonto como Trammel.

A él le daba igual. "Puedo encontrar a alguien más agradable, inteligente, guapa y sexy".

Carlota, con los dientes apretados, soltó un puñetazo directo al gordo besador de Trammel. Vaya, ¿de dónde ha salido eso? Se arrodilló y se tapó la boca y la nariz.

"¡Vamos!" Carlota agitó el brazo. "He dejado de ser educado".

Con la boca y la nariz ensangrentadas, se tocó la cara para ver la sangre. Con una fea mueca, la señaló con el dedo.

"No has visto lo último de mí", gritó.

Se levantó, atravesó el seto delantero y salió hacia su coche mientras se acariciaba la nariz. Carlota oyó que el vehículo arrancaba y se alejaba rugiendo.

CAPÍTULO 09 - QUEMAR

Eran los mejores tiempos; eran tiempos confusos. Como una crisálida a una mariposa, Carlota necesitaba una nueva vida, una que la hiciera feliz, contenta y plena como su primer amor con Jayden.

Aunque las encantadoras melodías de los muchos pájaros saturaran su patio trasero, la felicidad de Carlota no levantaba el vuelo.

Carlota asumió que se había desvivido y le había dado a Trammel todo lo que quería hasta el punto de aplastar su propia importancia. Le dedicó atención, tiempo, compasión y aquiescencia. Era una tonta. Ese imbécil había sido espantoso. ¿Por qué no se dio cuenta antes? Y ahora, él la ha denunciado por agresión.

Carlota pasó un día tras otro. Trabajaba en el museo de arte, llevaba a Zeke a la guardería y lo recogía, como un reloj.

Cuando volvía a casa por la noche, se tumbaba en el patio y engullía grandes cantidades de té verde helado.

Ansiaba un tipo como Trammel para llenar un vacío. Jayden nunca me hizo daño. Juzgué mal a Trammel por mucho. Esa vil definición de hombre.

Se había levantado viento. Carlota buscó en el cielo nublado. No había sol. Amenazaba chaparrón. Ató una correa a su caniche estándar atigrado, Honey, y trotó por un bulevar del barrio y por otro.

La perra tiró de la correa y ladró a un transeúnte.

Carlota, en su ensoñación sobre Trammel y Honey, un joven sombrío vestido con camisa azul ahumado y pantalones de vestir le susurró: "Nueva vida en Sudamérica".

"¿Qué?", dijo ella, y luego sacudió la cabeza para asegurarse de que nadie la veía hablando sola.

Carlota sonrió y estiró las orejas de Honey, que se tumbó a esperar a que la acariciaran. Carlota tiró de la correa, se dio la vuelta, trotó hasta casa y dio de comer a Honey.

Salió al patio y, con un largo suspiro, volvió a tumbarse en la tumbona. Después de unas cuantas vueltas y contoneos, Carlota, completamente sola, le dio un azote en la frente.

¿Quién se cree que es Trammel? Ya lo sé. Alguien que disfruta destruyendo mujeres.

Su estómago se tensó. Al principio, ignoraba su forma de ser, ruidosa y torpe, sus desprecios y mentiras. Ignoraba mis necesidades y yo no hacía nada al respecto.

Carlota apretó los ojos. Decidió acabar con su tendencia a complacer a la gente y negarse a aceptar el mal comportamiento de los hombres.

¿Dónde puedo encontrar otro Jayden? ¿Dónde puedo tener una segunda oportunidad? Pero espera. Antes de eso. Debo aprender a amarme.

Primero, debo internarme en el Museo de Arte y alejarme de Trammel lo antes posible. Ya es hora. No más insultos o el mal de ojo de él.

Ahora, la parte difícil, dejar de pensar en Trammel y el dolor. Deja que él y los recuerdos se desvanezcan en la nada. Seguir adelante. Pero ¿qué haría por el empleo?

Con su bolígrafo, hizo un inventario de sus habilidades. Tenía formación en historia del arte y tres idiomas: inglés, español y portugués.

¿Qué podría hacer con ellos? ¿Hay empresas que necesiten traductores de español y portugués?

Había oído que empresas de todo el mundo, como las de Inglaterra, Italia, España y América, clamaban por intérpretes cualificados. ¿Y qué hay de la profesión docente? ¿Y las bibliotecas?

La biblioteca principal de Murphysboro, situada en la plaza del pueblo, parecía una escuela histórica de ladrillo rojo de una sola aula. Carlota telefoneó a la biblioteca para preguntar por la posibilidad de un puesto temporal. Carlota se reunió en persona con Sabella Fields, la bibliotecaria jefa, que le habló de los puestos disponibles.

"El puesto de Gerente de Recursos Electrónicos, uno que ha sido difícil de cubrir, encajaría muy bien contigo debido a tus muchos idiomas", le dijo la Sra. Fields a Carlota.

"¿En qué consiste el trabajo?

"Crearías enlaces con el personal de las bibliotecas de todo el mundo para la transferencia segura y precisa de los materiales de la biblioteca".

"¿Utilizaría mis diferentes idiomas para este puesto?"

"Sí, mucho. ¿Podría empezar el próximo lunes? Hace tiempo que necesitamos cubrir este puesto. El dinero también está bien. Por cierto, el código de vestimenta es informal".

"Me encantaría el puesto, muchas gracias", sonrió Carlota. "Estoy deseando trabajar con usted. Hasta el próximo lunes".

CAPÍTULO 10 - BIBLIOTECA

Los conocimientos lingüísticos de Carlota le dieron otra gran idea. Le encantaban los niños, el arte y los países extranjeros. Un título de maestra podía ser la solución.

Sin tiempo que perder y sin tiempo para darle vueltas a su manchado pasado, se matriculó en la Universidad Vanderbilt de Nashville, donde obtuvo el título de maestra y empezó a estudiar un máster en Educación.

Con su título de maestra, ya podía enseñar arte, inglés, español o portugués en cualquier instituto o escuela primaria. Se enteró de la enorme necesidad de profesores de inglés en América Latina.

Mientras trabajaba en la biblioteca de Murphysboro, se relacionó con directores de bibliotecas de Ciudad de México, Rio, y Sao Paulo. Como parte de sus tareas, hablaba español, portugués e inglés todos los días.

“¿Qué libro de referencia necesitas?” Carlota preguntó por teléfono una bibliotecaria de Ciudad de México.

Un día, Carlota vio de reojo a una compañera, Nan, que la miraba con ojos torvos. Nan, de veinticuatro años, tenía el pelo rubio y despeinado y era de constitución encorvada. Carlota evitó mirarla, pero seguía sintiendo un calor creciente.

Después de una semana de tensión, Carlota se armó de valor e invitó a Juanita a comer. Juanita se animó con un "sí" y se dirigieron a OK Corral Steak Company, donde pidieron hamburguesas con queso y patatas fritas.

"Me he dado cuenta de lo bien que hablas español y portugués", dijo Nan. "Estoy impresionada. Seguro que es muy interesante y gratificante poder comunicarte con la gente de un país extranjero durante la mayor parte de tu trabajo."

"Es fabuloso, me encanta, pero me gustaría hacer más", Carlota no dio más detalles porque ni ella misma estaba segura todavía.

"Estaba en Vanderbilt estudiando la carrera de Sociología", dijo Nan. "Quería ser trabajadora social, pero ahora no estoy tan segura. Creo que sería agotador. Abandoné el programa. Ahora soy un alma perdida".

"El trabajo social puede solaparse con la enseñanza", dice Carlota. "Cuando uno da clases a

niños, hay que manejar a los niños. Y sí, es agotador. Estoy haciendo un máster en Educación y acabo de obtener el título de maestra".

"Me pregunto si debería investigar sobre la enseñanza. Solía practicar con mis hermanos cuando era joven", se rió entre dientes.

"Me parece una idea estupenda", sonrió Carlota. "Parece que tienes el don de la empatía unido a un gran interés por los niños y sus éxitos". Juanita se animó, ya que podría ser el comienzo de un nuevo camino.

Las dos mujeres terminaron de comer y volvieron al trabajo. Carlota sintió que ambas habían ganado una amiga muy necesaria.

CAPÍTULO 11 - OPCIONES

Durante el viaje semanal de Carlota a la tienda de comestibles con Zeke, volvió a contemplar sus objetivos a largo plazo, que incluían no volver al pasado: ni a Jayden, ni a la estupenda vida que habían construido en Nashville, ni a Trammel Anderson, el patán narcisista.

Mientras maniobraba el carro de la compra hacia el pasillo de las verduras, Carlota esperaba vivir en un país hispano, al menos durante un breve período. Y podría hacerlo. Su fluidez en español y portugués combinada con su flamante certificado de maestra podría llevarla allí.

Zeke interrumpió: "No te olvides de las dulces. Tengo que llevarlas mañana a la fiesta del colegio".

"Vale", dijo Carlota, distraída.

Pero ¿adónde voy a ir? se preguntó mientras cogía y exprimía un limón. Latinoamérica es enorme. ¿Qué tal México? No, ya he veraneado en Ciudad de México y Monterrey.

Carlota se sentía como una niña en una tienda de golosinas más que en un supermercado: toda Latinoamérica para elegir, incluso España o Portugal. En Sudamérica, todos los países hablaban español excepto Brasil, que hablaba portugués. Se imaginó en Montevideo, Rio de Janeiro, Sao Paulo y Buenos Aires.

En ese instante, cuando pasaba por el pasillo de las sopas enlatadas, el joven sombrío le hizo una señal. Soltó una risita, alzó las cejas y susurró "Brasil".

¿Qué diablos está pasando? Carlota se quedó inmóvil. ¿Por qué ese hombre le hacía señas a ella y a nadie más?

Miró al suelo y luego volvió a levantar la vista. Agarró la mano de Zeke. El hombre fantasma se había evaporado. Miró a su alrededor y se le hizo un nudo en el estómago.

"¿Qué pasa, mamá?"

"Debo de haber estado en la zona crepuscular", dijo ella. Cogió unas dulces con almendras del mostrador, pagó la cuenta de la compra y se fueron.

Carlota, a través de Internet, analizó las principales ciudades de Brasil, Rio de Janeiro y São Paulo. La demanda de profesores de inglés resultó ser tan colosal como el propio Pan de Azúcar.

Pero, pensó, ciudades como Sao Paulo son demasiado grandes, demasiada acción. Me

perdería en ellas. No tendría a nadie en quien apoyarme.

Llamó a su amiga Ava. "Ava, estoy en un dilema. ¿Podrías pasarte hoy después del trabajo?"

"¿Es sobre tu viaje a Sudamérica?"

"Sí. No puedo decidir qué ciudad o pueblo es más seguro".

"Bueno, sea la ciudad que sea, podrías hacer amigos allí. Otros profesores de EE. UU. también estarían allí. Esas personas serían tu sistema de apoyo".

"He leído sobre ciudades más abajo de la costa de Sao Paulo, más cerca de Uruguay. Las ciudades playeras de Bombinhas y Trancos han despertado mi interés. Podría elegir una de ellas".

Cuando Ava llegó a casa de Carlota después del trabajo, abrieron internet, encendieron la brillante luz del escritorio y repasaron las estadísticas de Bombinhas y Trancos, sus cifras de criminalidad, la población de la ciudad importante más cercana, los centros médicos, colegios, restaurantes y moteles más cercanos en pleno funcionamiento. Bombinhas ofrecía mejores oportunidades de empleo para los profesores bilingües que Trancos.

Ava interrumpió: "Pero, lo negativo de Bombinhas, algo que creo que puedes manejar, tiene que ver con que las instalaciones médicas y los hospitales están a 160 millas, en Curitiba, un lugar turístico del interior. Pero ¿con qué frecuencia necesitarías un hospital?". Los dos se rieron y asintieron.

Carlota dijo: "Escucha esto, Ava. Bombinhas tiene bulliciosas playas de arena, aguas cristalinas, espesas montañas boscosas de higuera y flora. Un paraíso para los amantes de la playa".

"Eso suena muy bien para ti", sonrió Ava.

"Bombinhas es", se levantó Carlota y gritó, con los brazos en alto sobre la cabeza, "y no es un remanso. Si mi portugués no es lo bastante fuerte ahora, lo haré yo. No me quejaré, sólo trabajaré duro".

Carlota se moría de ganas de vivir cerca de un litoral de aguas azules cristalinas, palmeras sin límites, marisco brasileño y la famosa atracción, el Morro, los renombrados acantilados cubiertos de higos como los Acantilados de Dover.

Carlota estaba en este viaje no sólo para enseñar inglés en Bombinhas, sino para profundizar en su conocimiento de la lengua portuguesa y experimentar todos los segmentos de la sociedad. Vanderbilt la desafió con esta misión. La seguridad en sí misma había estado fuera del alcance de Carlota. Ahora, un camino viable para salir de su depresión.

CAPÍTULO 12 - CONTRATADO

Carlota decide ir al Green Café, cerca de su casa. Para prepararse, revolió el armario, se puso y se quitó varias prendas hasta que quedó satisfecha con su selección de pantalones a rayas azules y grises, top amarillo claro y alpargatas de cachemira.

Mientras esperaba a que llegara la comida, cerró los ojos y soñó despierta con su futuro.

"En la mágica Bombinhas, podría enseñar inglés a estudiantes de habla portuguesa por la mañana, volver a pie a mi motel frente al mar y bañarme en el océano Atlántico por la tarde. La ciudad es lo bastante pequeña como para no perderme. Puedo conocer gente nueva y hacer amigos. En verano hay muchos turistas y mucha actividad. Una ciudad de playa con gente feliz genera menos delincuencia".

Pero Carlota no era ingenua. Sabía que en las ciudades costeras abundaban los malhechores que robaban dinero y joyas a los visitantes y veraneantes desprevenidos. También conocía las feroces olas del Atlántico y la resaca que se levanta por las tardes. Estaría alerta y velaría por su seguridad.

Sin embargo, los padres y amigos de Carlota en Nashville se preocupaban por su seguridad.

"Es demasiado peligroso que una mujer joven viva sola en Brasil", señala su madre. "Es como ponerse las zapatillas al revés; no encaja ni tiene sentido. Es otro país. Cariño, tu padre y yo queremos que te establezcas en Nashville. Nashville está bien, dale otra oportunidad. Termina tu maestría".

"Pero puede que nunca vuelva a tener esta oportunidad", afirmó Carlota. "Sé que es una posibilidad remota. Pero, por favor, no me lo estropees. Quiero sacarme al tonto de Trammel de encima al menos durante tres meses y luego pasar a un terreno más fácil cuando vuelva a Nashville."

"No es sólo el resultado final, es a quién te puedes encontrar por el camino", le advirtió su madre.

El aburrimiento inundó el rostro de Carlota. Ay, hermano, otro sermón. Soy demasiado mayor para esto.

Carlota envió una solicitud a la Escola Básica do Norte, una escuela primaria del norte de Bombinhas. Un mes después, recibió una invitación para una entrevista telefónica.

Antes de la entrevista, Carlota abrió un diccionario de portugués para repasar sus

conocimientos lingüísticos. Menos mal, porque la entrevista fue un éxito. Su capacidad de comunicación era máxima. La Sra. Salas la contrató en el acto.

“Muto obrigado,” Muchas gracias, balbuceó Carlota. No podía creer que iría a Bombinhas a dar clases. Qué victoria. Se puso a dar saltos de alegría. Después llamó a Ava y a Juanita para comunicarles la buena noticia. El pequeño Zeke y sus padres se quedaron perplejos.

Carlota sabía que iba a congeniar con la ciudad de Bombinhas, sus ciudadanos y sus alumnos de primaria. Bonitas playas, buen tiempo.

¿Qué podía salir mal?

CAPÍTULO 13 - PREPARAR

Carlota sonrió a Zeke. "Vete con las abuelas. Volveré dentro de tres meses".

"No quiero ir a Atlantic City y quedarme con la abuela. ¿Qué voy a hacer? Ella no tendrá nada que hacer para mí. Quiero ir *contigo*".

Sin inmutarse por los llantos de Zeke, Carlota atizó: "La abuela te llevará a la playa, al cine. Estoy segura de que conocerás a algunos amigos con los que salir. Tendrás a Honey para que te haga compañía. Necesitará cuidados constantes y paseos diarios por el paseo marítimo".

"Bueno, si puedo ir al mar y al paseo marítimo todos los días, entonces estaré bien. Honey puede venir conmigo. Puede que no vuelva a casa". Sonrió.

"Muy bien, ten cuidado mientras estés allí, ¿quieres? Y no hables con extraños. A los extraños les gustan los niños pequeños".

"No soy un niño pequeño."

"Lo sé. Ya me entiendes". Se rió entre dientes, pero miró a su hijo con cuidado y cariño. Cómo se atreve nadie a meterse con mi hijo.

Carlota rebuscó en los cajones de la cómoda y en los armarios para determinar lo esencial que debía seleccionar y/o comprar. Cepillos para el pelo, maquillaje, zapatos, pantalones, camisetas, pantalones cortos, bañadores y vestidos, todo estaba en la lista.

Una suave lluvia cae sobre el alféizar de la ventana de su habitación. El zumbido la hipnotizaba mientras las pequeñas gotas se amoldaban a la ventana, clickity clack; clickity clack. A Carlota le encantaba la lluvia. La tranquila sinfonía la tranquilizó mientras seleccionaba su ropa para el viaje.

La lluvia se intensificó como la rotura de una tubería de agua, un diluvio total. Las ramas de los eucaliptos se doblaron hacia el suelo como las de un gimnasta ganador. Pequeños remolinos envolvieron callejones, calzadas y zanjas de drenaje.

La madre de Carlota, atrapada por el aguacero cuando se dirigía a ayudarla a hacer las maletas, condujo el coche a través de las carreteras empapadas de agua. Debatió si dar marcha atrás y romper la cita. En lugar de eso, mantuvo el rumbo, esquivó las oleadas de agua de lluvia y llegó a casa de sus hijas ilesa.

Mientras ordenaban y seleccionaban la ropa, Carlota y su madre descubrieron un tesoro escondido. Carlota hacía siglos que no abría un cajón en concreto y se había tropezado con él.

Tres camisetas y vaqueros de Jayden yacían dormidos dentro. Ella sabía que este era su cajón, pero lo había olvidado.

Tristeza cruzó su linda cara mientras acariciaba y olía la ropa. Su madre se acercó, se los quitó y los puso de nuevo en el cajón. Abrazó a Carlota mientras ella se desplomaba en la cama y lloraba.

La siguiente tarde soleada, su madre trajo un gran baúl de madera nuevo, como los de la película Titanic. Estaba atado con correas de cuero y tenía bisagras y cerraduras de plata.

Carlota abrió el baúl y vio que tenía diez compartimentos grandes y pequeños, además de huecos para guardar cosas, todos forrados de satén. Qué lujo de viaje, sólo pudo reírse.

"Si vas a viajar, hazlo bien", le dijo su madre.

"Vamos a hacer la maleta", exclamó Carlota como un castor ansioso.

CAPÍTULO 14 - EMPAQUE

Carlota metió los pantalones, la ropa interior, los tops, los pantalones cortos y los jerséis en los compartimentos de la derecha del maletero.

"Acordémonos de colocar el pijama en la parte superior del baúl", dijo mamá. "El día que llegues a Brasil tendrás que coger primero el pijama, así que te convendría no tener que rebuscar demasiado".

Aunque mamá estaba preocupada por Carlota, agradeció a sus estrellas de la suerte que su hija siguiera adelante con su vida y no se escondiera en un agujero saludando al síndrome del "oh, por qué a mí".

Mientras Carlota llenaba el maletero, su mente ardía, su estómago se apretaba al recordar la basura egocéntrica que Trammel la obligaba a hacer.

Carlota suponía que era una complaciente. No podía creer que hubiera hecho esas cosas con aquel hombre cuando no quería en absoluto. Debería contárselo a un consejero.

Pero Jayden acababa de morir. Estaba débil en ese momento. Pero aun así la enfermaba ver el tipo de persona que era. Una complaciente. Una pusilánime. Trammel era un Narcisista. Ahora sabía lo que era un narcisista. Había leído mucho sobre eso desde entonces. Egocéntrico, sin empatía, cruel. Necesitaba alejarse de ellos para siempre".

"Claro", Carlota estuvo de acuerdo con su madre. "Tiene sentido". Carlota colocó el pijama sobre su cama para no olvidarlo al terminar de hacer la maleta. "Caramba, todavía necesito a mi mamá". Las dos se rieron.

Carlota se decidió por Chanel Cinco para las ocasiones especiales y lo guardó en un frasco de plástico aparte en el maletero. Sus perlas y cadenas de oro, collares de fantasía y pendientes ocupaban los bolsillos laterales más pequeños. Zapatos y sandalias, cubiertos con bolsas de tela gris, asomaban por el borde del maletero.

Debido a que el "invierno" brasileño era en junio, julio y agosto, Carlota se puso el pijama de manga larga sobre el resto de la ropa. El verano volvería en diciembre.

En el ajeteo de hacer la maleta, Carlota casi se olvida de coger los libros de ortografía y fonética inglesa. Una vez encontrados, los guardó en el bolsillo exterior del maletero. Recogió el pasaporte, las tarjetas de crédito, el carné de conducir y la partida de nacimiento y los guardó en su mochila vaquera.

"Sabes que te echaré de menos", susurró su madre, con ojos tristes y tensos. "Eres mi única

hija. Y en un país extranjero, sin familia ni amigos. Podrías convertirte en un objetivo".

"Sólo son tres meses", le recordó Carlota. "Ni siquiera sabrás que me he ido". Le guiñó un ojo.

Su madre suspiró y no le devolvió el guiño.

CAPÍTULO 15 - EN RUTA

Carlota tiró de la chirriante puerta de su armario y sacó una cómoda falda y una blusa de algodón. La camisa le cubría el cuello para no atraer miradas indiscretas y, además, estaría más abrigada en el avión. Unas zapatillas de tenis blancas sostenían sus pies durante los largos trayectos entre las puertas del aeropuerto.

"Mamá", dijo Zeke, "¿vendrá la abuela a recogerme esta mañana?".

"Ya está de camino", dijo Carlota tras un rápido sorbo de café. "Ya la oigo. Acábate el desayuno, cariño".

Después de muchos besos y abrazos, Carlota volvió para terminar su aseo y llamar a Uber.

Llegó al aeropuerto internacional de Nashville y subió al avión con destino a Miami. Como viajaba sola, mantenía los ojos bien abiertos y los oídos atentos a todas las personas que la rodeaban. Con el estómago revuelto, se estresó por los cambios de horario no anunciados y los vuelos perdidos.

Cogió la conexión a Sao Paulo, en primera clase de LATAM Airlines, y disfrutó no sólo de un asiento más amplio con reposacabezas y reposabrazos, sino también, para dormir bien, de una cama reclinable y reposapiés.

Justo después de despegar de Miami, la tripulación sirvió la cena a los pasajeros de primera clase. Carlota desdobló la servilleta que tenía en el regazo, se arremangó y devoró el Pollo a la Milanese, las patatas y el brécol, el bollo y la mantequilla, pues, a lo largo del largo y tenso día, se había vuelto tan voraz como una pitón birmana.

Carlota pensó que una comida deliciosa era una forma eficaz de empezar el viaje. Por desgracia, también se comió la tarta de chocolate.

Carlota se acurrucó y vio la última parte de la película "Shipping News", protagonizada por Kevin Spacey, y luego apagó la luz del techo. Se acomodó las almohadas alrededor de la cabeza, se puso un antifaz y se colocó los auriculares.

Luego se reclinó completamente hacia atrás, se puso de lado, se cubrió con una fina manta blanca complementaria, reflexionó sobre su hijo Zeke y pronto se quedó dormida.

Se despertó con los ronquidos del hombre que estaba detrás de ella y el olor a café brasileño cargado. Vaya si olía bien el café.

¡Ka-bang! Carlota se incorporó en el asiento. Abrió el bolso, sacó el espejo, el peine y el pintalabios. No era necesario maquillarse demasiado, ya que el desayuno estaba en camino. Se

peinó y se apartó el pelo de la cara con una cinta de tela fina.

Tiró de la persiana; se atascó, pero el hombre que estaba detrás de ella acudió al rescate. Carlota miró por la ventana y aún no veía nada. Aún estaba oscuro. Después de un gran desayuno a base de huevos, tostadas, jamón y zumo, Carlota se recostó de nuevo bien alimentada, feliz y emocionada.

Con los brazos elevados por encima de la cabeza, reflexionó. Pronto estaré en tierra en una de las ciudades más grandes del mundo. Y, para colmo, como sé portugués, podré comunicarme con todos los habitantes. Caramba, me siento fuerte y segura de mí misma por primera vez desde mi ruptura con cómo se llame.

CAPÍTULO 16 – SAO PAULO

A medida que el avión se acercaba a Sao Paulo, la enormidad de la ciudad surgía como una colmena desmesurada. Los elegantes edificios plateados, altos como el cielo y brillantes eclipsaban los barrios adyacentes, destartalados y más pobres.

El avión de Carlota aterrizó con un ruido sordo en la larga pista. Cogió su maletero y subió a un autobús público de color verde lima, ahora marrón oxidado. Buscó un asiento libre, encontró uno sin la mitad del relleno, metió el baúl en el compartimento superior y se acurrucó en el destartalado banco, con la mochila colgada a un lado.

Los pasajeros del autobús se giraron y, como investigadores del crimen, inspeccionaron su cara, sus vaqueros, su camisa de cuadros abotonada, sus botas marrones bajas, su mochila y su baúl de viaje. En la siguiente parada, levantó la mano, cogió el baúl y se lo puso entre los pies.

Tengo que estar alerta, se dijo Carlota. Mirar siempre a mi alrededor. No te duermas en el trabajo. No estoy en Myrtle Beach.

Con los ojos entornados y la mano en la frente, Carlota observó a la gente del autobús. Todos se fundían con los mismos tipos de algodón blanquecino, camisas entalladas y pantalones de vestir de colores, sombreros y zapatos de cuero de punto de cruz.

En las frías calles, Carlota no podía superar la vista despejada de la ciudad desde la ventanilla de su autobús. La hora punta se arrastraba por las vías principales como hormigas en una colonia. Las calles más pequeñas se llenaban de ciclistas, carros y carretas, bordeadas de chozas y cobertizos.

Camiones cargados de antenas parabólicas colgaban de un clavo en los aleros de los tejados como si imitaran a monos juguetones en una rama.

Los tendederos se agarraban a los lados de las cabañas, cada uno cargado con un surtido de ropa como camisas de hombre lavadas, vestidos de mujer, sujetadores y ropa interior, tops de niño y vaqueros. Parecían hileras de pulseras de dijes semicolores. No soplaba ninguna brisa caliente para secar estas prendas, pero al menos la cálida luz del sol cumplía su cometido.

Pequeños niños, en calzoncillos o pañales, perseguían gallinas y gallos de un callejón a otro. Las aguas residuales se derramaban por las calles laterales como un río normal; el hedor se asemejaba al de las letrinas atascadas en el Nuevo México rural.

Las góndolas, tristemente necesitadas de pintura y reparación, atravesaban las colinas de los barrios más pobres. Se extendían desde el punto más bajo hasta el más alto, como las estaciones

de esquí de Colorado. Eran un medio de transporte crucial para el centro de la ciudad, como el tren, el autobús o el Uber. ¡Ay de los trabajadores si las góndolas se paraban en seco!

Carlota vio a gente cargada de sacos de harina, mochilas, con los rostros marcados por la preocupación, como los campesinos arrendatarios de Las uvas de la ira. Otros iban en bicicleta, con las cestas repletas de raciones y herramientas de jardinería. Se dio cuenta de que incluso sin Jayden tenía muchas ventajas.

El gobierno brasileño había repartido más dinero social entre los sectores más pobres de Sao Paulo para ayudarles a comprar harina, arroz y maíz, medicinas y ropa para paliar la violencia y los robos. Carlota no podía saber por estos guerreros de la carretera si había salido algo bueno de todo esto.

Mientras el autobús atravesaba Sao Paulo en dirección a la frontera, Carlota vio a un grupo de guapos brasileños de mediana edad con trajes oscuros a rayas bajarse de una limusina frente al edificio del gobierno municipal. Uno de los hombres tenía el pelo rubio y rizado, el resto negro o castaño. Carlota supuso que procedían de la zona adinerada de São Paulo.

Me pregunto qué pensarán los pasajeros de los autobuses de aquí de estos hombres ricos, que deben de ser sus políticos de toda la vida.

CAPÍTULO 17 - HACIA EL SUR

Carlota bajó del autobús urbano y subió a un gran autocar, no era un Greyhound, pero estaba bien, con destino a Bombinhas. Consultó su guía de viaje: Tome la carretera 34 hacia el oeste y siga recto hasta Bombinhas por la autopista 15 durante ochocientos kilómetros de sólida carretera costera. Escasa población.

El autobús turístico rebotaba y rechinaba kilómetro tras kilómetro. Montones de rocas escarpadas y matorrales grises dividían la carretera, junto con una sorprendente mancha de begonias rojas y crisantemos blancos. Salpicaduras de cascadas, como nieblas matinales de verano, se formaban en amplios barrancos y estanques a lo largo de tramos de la carretera 15.

Carlota quería parar y hacer una foto, pero el conductor del autobús le dijo "No". Suplicó al conductor con su infeliz interpretación de turista hasta que éste accedió.

"Pero cuidado", le advirtió el conductor. Explicó que los ladrones infestaban la autopista en los autobuses que se dirigían al norte, a Sao Paulo. Los autoestopistas, estudiantes universitarios desaliñados, gritaban "*parar, encostar*" y robaban a los pasajeros a su antojo.

El autobús de Carlota avanzaba hacia el sur, así que ella saltó del autobús y sacó cinco fotos de una cascada en rápido movimiento. Un fresco rocío la envolvió y le puso la piel de gallina, que se quitó con la mano.

Un chaparrón repentino y oscuro hizo que Carlota volviera al autobús. Facturó su equipaje y se acomodó, contenta de haber tenido el valor de hacer estas fotos. Sabía que no volvería a pasar por aquí.

CAPÍTULO 18 - BOMBINHAS

El autobús turístico atravesó el estuario de Qalma y llegó a Bombinhas, una ciudad que desafiaba una simple descripción. Fundada en 1992 como un cálido y apacible parque y zona de recreo para navegantes, había crecido hasta contar con varios miles de residentes durante todo el año, casas de veraneo, hoteles turísticos y restaurantes.

La suave curva arenosa de la orilla del mar de Bombinhas, bajo el cielo más azul que jamás se haya visto, bordeaba un paseo marítimo de madera para patinadores, compradores y paseantes.

Una mezcla de veraneantes entre semidesnudos y desnudos, ya fueran dignatarios internacionales de Portugal, Argentina, los Países Bajos o Estados Unidos; o mamás y papás, o desertores, políticos o drogadictos, frecuentaban Bombinhas con el único propósito de divertirse.

La cultura es lo que queda cuando los veraneantes vuelven a casa", reflexiona Carlota. Por desgracia, yo también volveré a casa.

Carlota abrió la ventanilla y se sentó al borde del asiento. Aspiró el aire limpio del mar. El lejano zumbido del océano Atlántico apaciguó sus oídos.

Un ambiente carnavalesco recibió a Carlota cuando el autobús pasó bajo la señal de bienvenida de Bombinhas. Sonrió de oreja a oreja, agradecida por las muchas horas que le quedaban para aclimatarse.

Sus sentidos se agudizaron cuando bajó del autobús y se dirigió a la orilla del mar durante los cuarenta y cinco minutos previstos. Era hora de mojarse los pies.

Carlota sintió la arena caliente entre los dedos de los pies, saboreó el aire húmedo y salado, olió el bronceador y oyó el fuerte rugido de las olas del mar, todo al mismo tiempo. Estiró los brazos a lo largo y ancho, inclinó la cabeza hacia el cielo y giró sobre sí misma animándose y riendo.

Los bañistas salpicaban el mar centelleante como bobinas. Los turistas dormían la siesta o tomaban el sol bajo la brisa tropical; los niños gritaban y jugaban al kickball. La cacofonía de los bañistas era música para sus oídos.

En un largo muelle de madera, muy parecido al de Santa Mónica, los visitantes pescaban, hacían picnic o amarraban sus barcas. Carlota vio amantes cogidos de la mano, niños corriendo arriba y abajo y pescadores limpiando peces.

En el paseo marítimo, Carlota se topó con un gigantesco patio de comidas, muy parecido al del Westway Mall de su ciudad natal. Una mezcla de cafés, pubs y restaurantes abarrotaban la sala. El olor a ajo del pescado frito y las patatas le hizo cosquillas en la nariz.

Carlota, de vuelta en el autobús, estiró el cuello para contemplar las escenas del barrio adyacente. Se encogió de hombros al ver las pequeñas casas de color gris situadas junto a la carretera, muy parecidas a las monótonas casas textiles de la Depresión. Las flores tropicales autóctonas, como las amarilis rojas, los hibiscos y los lirios amarillos, aplacaban la tristeza.

El autobús se adentró en Jardim Divisão a través de una serie de curvas y recodos, una zona de Bombinhas con grandes y robustas mansiones y caros chárteres vacacionales. El conductor rodeó el perímetro y llegó al motel Morada do Mar, frente al mar, donde Carlota pasaría los próximos tres meses.

Cielos, mira qué hotel tan maravilloso. Me quedaré aquí todo el verano. Me pregunto qué golosinas me esperan.

CAPÍTULO 19 – EL MOTEL

Carlota no se esperaba un motel tan lujoso como éste. El motel, encaramado a un acantilado con habitaciones construidas como pequeños vehículos de recreo, presumía de sus magníficas vistas del Atlántico. Una cama de matrimonio y un gran cuarto de baño alicatado con sauna completaban las comodidades superiores.

El restaurante del motel se equilibraba en el borde inferior de la propiedad. Las palmeras salpicaban el verde césped y se balanceaban como bailarinas de hula-hula.

El conductor del autobús se detuvo bajo el pórtico. Carlota entró para registrarse mientras un camarero, con la esperanza de recibir una buena propina, salió corriendo con un carrito de equipaje, lo cargó con sus pertenencias y luego la acompañó a su habitación del motel. Otros profesores ya habían llegado.

Una vez dentro, Carlota se apresuró hacia la puerta corredera de cristal, la abrió, salió al balcón y contempló el océano frente a ella. Apoyó las manos en la barandilla. Cuando la brisa le alborotó el pelo, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

La joven viajera percibió el leve estruendo de los trabajadores apilando y vaciando los portacontenedores en el puerto, a ocho kilómetros de distancia.

Ojalá, mis amigos, pudieran ver esto ahora, dijo Carlota. Les encantaría estar aquí; océano, verdes laderas y montañas, todo.

Después de haber bebido en el aire glorioso y sentirse achispada, Carlota tropezó hasta su cama, se tumbó al chirrido de los muelles, extendió los brazos como una cruz y se desmayó.

El día había sido largo y emocionante. Este avión, aquel avión, este autobús, un nuevo idioma que hablar, nuevas carreteras y nuevas costumbres. Agotador para la pobre chica, pero estimulante.

Tras una larga siesta, Carlota abrió la puerta del motel y vio pasar a toda prisa a una joven.

"Hola", le dijo Carlota. "¿Formas parte del grupo de profesores de inglés de este verano en la escuela primaria Escola Básica?"

"Sí, sí lo soy", sonrió ella, con los ojos grandes. "Me llamo Isabel. Daré clases a niños de primero".

"Genial, encantada de conocerte, soy Carlota. Me encargaré de los de cuarto".

Charlaron un poco más sobre la belleza de la lengua portuguesa y luego se dijeron "bom dia"

o buen día.

CAPÍTULO 20 - PULSO

Carlota estaba impaciente por empezar su nueva vida en Bombinhas. Por suerte para ella, había llegado al motel justo a tiempo para cenar. Su estómago, lleno de mariposas, seguía deseando comer. El restaurante de la esquina, el Bistro do Morro, anunciaba "la mejor brocheta de Brasil".

Tras un baño en la bañera de hidromasaje, el pelo lavado, seco y revuelto, Carlota se puso su traje de paisley verde y amarillo con cremallera, sandalias marrones y broches de imitación de perlas. Después de echarse un chorrito de perfume detrás de cada oreja, colorete y máscara de pestañas, llamó al portero para reservar mesa en el Bistro.

Guardó el pasaporte y las tarjetas de crédito en la caja fuerte de la habitación, se puso la mano en la frente para memorizar el código, cogió la mochila y salió de la habitación con los ojos brillantes y la cola tupida después de echarse un último vistazo en el espejo. Estaba fantástica. ¿Su secreto? Tras la ruptura con Trammel, empezó a hacer ejercicio.

Fuera, en el aire joven de la noche, coches, camiones y vagones subían y bajaban por la calzada como si estuvieran en Daytona. Oh, el pulso de la vida brasileña, Carlota fue testigo, su corazón latía con fuerza en su pecho.

Los jóvenes se asomaban a las ventanillas de los coches como monos mientras silbaban y saludaban a Carlota. Ella agitó la cabeza.

Vaya, parecen tontos. Nadie en esta calle llamará mi atención. No, no, doblemente no. Si elijo otro 'Trasmallo', la vida no acabará bien para mí.

Como diversión en Bombinhas, según supo más tarde, el juego del "pollo" desafiaba a los chicos en edad escolar a correr por la atestada calle principal y esquivar los coches que venían en dirección contraria. No acabó bien para un chico el verano pasado, pero el juego continuó. Carlota puso los ojos en blanco. No tenía intención de presenciar uno de esos juegos.

Se detuvo en el patio exterior del Bistro do Morro. Mantendré los ojos bien abiertos por si hay algún hombre insistente durante la cena.

Dos de esos hombres la miraron boquiabiertos y silbaron junto a la farola del patio. Sus cuerpos se inclinaron hacia ella, con muecas de desprecio en sus rostros seguidas de arrugas y bofetadas. Su rostro se endureció, su boca una línea firme, miró fijamente hacia delante.

Va a ser un largo verano teniendo que defenderse de estos tipos, pensó. Debería llevar ropa

holgada de entrenamiento en lugar de ropa y zapatos atractivos. A mi madre le gustaría. Ja. No, no es culpa mía. Llevaré ropa elegante, pero nada obtuso.

CAPÍTULO 21 - BISTRÓ

Temerosa y con los ojos muy abiertos, Carlota entró en el bistró llena de risas y charlas. Tras ella entraron visitantes en chancas con sus niños alborotados y ejecutivos que trabajaban en los sectores financiero e inmobiliario de Bombinhas.

Un joven y aburrido anfitrión la sentó en la pequeña mesa redonda de estilo salón junto a una ventana frente al mar.

Esto es grandioso, Carlota no podía creer su buena suerte con la vista a la costa. Nunca se cansaba de los océanos, de cualquier océano.

Carlota cogió el menú de papel arrugado y se quedó boquiabierta al ver las opciones para cenar, todas en portugués. Lo estudió porque no había aprendido todas las palabras culinarias y pidió ayuda al camarero.

"Por favor, ayúdenme con las traducciones."

Con sus traducciones, señaló el pollo con cebolla, pimientos verdes y gambas. Como es habitual en todas las comidas, arroz y judías acompañaron la cena.

Carlota no esperaba ser una atracción en el restaurante. Los hombres, incluso los que iban con sus esposas o novias, miraban a la chica solitaria. Su aspecto americano chocaba con los que la rodeaban. Su traje pantalón, su peinado rizado, el maquillaje, la forma de pera de su cara, todo diferente. Carlota sudaba, tenía la mirada baja y respiraba entrecortadamente.

Un hombre muy guapo la miraba boquiabierto. Estaba sentado con un grupo de amigos de negocios, pero los ignoraba. Miraba y miraba. Carlota le miró. Se le puso la piel de gallina. ¿Qué está pasando? Nunca había visto nada igual. En ese momento, él y sus colegas se levantaron y se fueron. Ah, bueno, pensó Carlota.

El camarero le trajo la comida. Ella inspeccionó su plato y dijo: "esto es filete, yo pedí pollo".

"No", dijo el camarero. "Te he visto señalar 'bife'. Pero le traeré 'frango' si lo prefiere".

Ay, hermano, pensó Carlota y frunció los labios. Al camarero: "No, lo siento, me lo quedo".

Supuso que no era necesario alborotar a nadie. Para enjuagar su error, probó una nueva bebida con la cena: Mojito, una especialidad de "ron blanco" del sur de Brasil.

Cogió un pequeño periódico que llevaba en el bolso, lo desplegó y se entretuvo con él durante toda la cena. Cuando terminó, dejó el periódico y se dio cuenta de que ni una sola persona de la

sala la tenía en el punto de mira. Aliviada, Carlota pagó la cuenta.

Al anochecer, las luces blancas de neón brillaban en la calle principal como si fuera carnaval. Hordas de familias se cogían de la mano mientras recorrían las tiendas de recuerdos, las panaderías y las heladerías por última vez antes de cerrar.

Carlota abrió de un empujón la puerta del restaurante y se dirigió a su motel. Una vez más, esquivó gritos y silbidos de hombres, jóvenes y viejos por igual.

De vuelta en su habitación, recuperó el aliento y abrió la puerta corredera de cristal que daba al balcón. Se asomó a la barandilla y aspiró la brisa salvaje del atardecer como un ahogado que busca aire.

Oyó las olas del mar a lo lejos, la marea estaba baja. Oyó algún grito de risa de niños, adultos o amantes. Brasil y esta nueva ciudad petardo de Bombinhas atravesaron su mente. Se frotó la piel de gallina. Estalló de orgullo.

CAPÍTULO 22 - CALA

Carlota y sus colegas, Jennica, Sylvia, Roger e Isabel, todos de distintas ciudades de Estados Unidos y de similar pelaje, acordaron el siguiente día completo para hacer turismo.

El despertador sonó como la campana de una granja a las 6.30 de la mañana. Irritada, Carlota se tiró de la colcha sobre la cabeza hasta que el reloj volvió a sonar. Se sacudió las sábanas, saltó de la cama, se puso unos vaqueros pitillo, un top de sarga gruesa y unas zapatillas de tenis para un día que iba a ser duro.

A menudo, en Bombinhas, los torbellinos se levantaban sin dar la bienvenida, como un tornado sorpresa. Así que Carlota se trajo un sombrero de cazador marrón oscuro para protegerse la cara, el cuello y las orejas del sol, el viento y los escombros.

Después de que llegara un taxi llamado por el conserje del motel, los cinco se dirigieron a uno de los puntos más calientes de Bombinhas, una ensenada llamada Allegra Cove and Cliffs. Esta playa inmaculada de altas palmeras tropicales con sus racimos de cocos sin vida sobre el fértil suelo inspiraba imágenes del romántico musical "Pacífico Sur". Carlota hizo una foto.

Mientras una ligera y sensual lluvia caía sobre la bahía, los amigos se apresuraron a entrar en un pequeño y rústico café, el Café Bonita Azul. Cogieron servilletas de papel de los dispensadores y se limpiaron la cara y las manos. Carlota pidió capuchinos para todos y un plato de pan dulce.

"Recuerdo haber comido este mismo pan dulce en mi primera visita a Guadalajara, hace tantos años". En la palma de su mano, sostenía un panecillo redondo de color crema cubierto con un grueso glaseado dorado entrecruzado. "Yummy".

"Vaya, increíble que aún exista este tipo de pan dulce mexicano", afirmó Jennica. Para cambiar de tema, susurró: "Siempre me ha interesado Sudamérica. Como estudié portugués en la universidad, quería ir a Río y enseñar Biología o Física, pero no a Bombinhas, que está mucho más al sur y fuera de los caminos trillados."

"¿No había plazas de profesor de Biología en Río y por eso estás aquí en Bombinhas?". preguntó Sylvia.

"Sí, así es. Así que voy a enseñar inglés en Bombinhas. Tengo dos hijos, de cuatro y dos años. Estos tres meses en Brasil son un regalo de mi marido".

"¿Y tú Carlota?" preguntó Isabel.

"Bueno, para abreviar, quería enseñar en un país latino, pero Holanda o España también

habrían estado bien. Fue una decisión difícil, pero después de investigar mucho sobre seguridad, clima, trabajo y población, elegí Bombinhas. Y, Jennica, tengo un hijo de cinco años. Si todo va bien aquí, me lo traeré al final del curso".

"Vaya, me encantaría conocerlo", dijo Jennica. "¿Su marido se ocupa de él?".

"Es una historia triste. Mi marido murió hace tres años. Desde entonces ha sido difícil para mi hijo y para mí. Mi hijo está con mi madre en Atlantic City, Nueva Jersey".

El grupo se quedó callado y melancólico como en un funeral. Carlota se animó como pudo y les pidió que hablaran de un tema más agradable.

"¿Les gusta a todos Bombinhas hasta ahora?". preguntó Silvia.

"Sí", dijeron a coro.

"Yo también espero encontrar a mi príncipe azul", dijo Carlota para animar el ambiente.

"Ja, chicas, sólo tenéis tres meses para encontrarlo, si no, nos convertiremos todas en calabazas", rió Roger.

CAPÍTULO 23 - ESCUELA

Tras una mañana refrescante, aunque empapada, en la cala, el pequeño grupo regresó con sus pertenencias al taxi que les esperaba para dar un corto salto a una zona suburbana llamada Ventura, muy parecida a la zona norte de San Antonio, Texas, con sus calles de nombres latinos, sus casas de estuco de colores y sus tiendas.

Una descolorida y sencilla iglesia católica de dos pisos de altura, la de San Ignacio, y su escuela, la Escola Básica do Norte, construida con un duro revestimiento de yeso, se retraían de la carretera como un pecador avergonzado. Las vidrieras rojas asomaban por encima de los setos de salvia. Carlota se detuvo y tomó imágenes desde distintos ángulos de cámara.

Cuando los cinco se acercaron a la escuela, descubrieron la lista de alumnos con los números de las aulas. La clase de Carlota era la 1-A, las demás estaban al final del pasillo.

Carlota se asomó a su aula y vio que los pupitres de los alumnos estaban colocados en esas horribles filas rígidas y aburridas de los años cincuenta. Se acercó a cada pupitre y los reorganizó en un amplio semicírculo para que parecieran más una sala de conferencias universitaria. Carlota estaba impaciente por empezar a dar clase. No tardaría mucho.

"Hola clase, mi nombre es Sra. Annesley". Quince inquietos alumnos de cuarto curso se calmaron y se sentaron hipnotizados en sus pupitres, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos y la boca cerrada.

Carlota señaló a una de sus alumnas de la primera fila, María. "*Saúda a aula em inglês*", le pidió Carlota a María para que saludara a la clase en inglés.

María soltó una risita, se tapó la boca con la mano y dejó al descubierto sus alegres ojos. Se levantó, se tiró del vestido rojo de lunares y se quitó la sonrisa de la cara. De forma lenta, suave e inconexa, dijo: "Hello... uh...my name ... uh...is Maria."

Carlota aplaudió; María aplaudió mientras los demás reían y zapateaban.

"María suena gracioso", dijo Jorge.

"Bueno, a cada uno le toca un turno", dijo Carlota. "Será divertido. Empecemos contigo, Jorge".

Las palabras en inglés, las letras en una secuencia inimaginable asombraron a los alumnos como si vieran una criatura del espacio exterior. Cada uno pronunció su saludo personal, unos mejor que otros. Pronto todos los alumnos saludaron a la clase en inglés, lo que no era poco.

Sacaron las tarjetas, tarjetas con imágenes para ampliar su vocabulario en inglés. Carlota

blandió una tarjeta como si fuera una espada, enunció la palabra inglesa con una voz divertida, sílaba a sílaba, escarpada y llena de lirismos exagerados. Los alumnos soltaban risitas y luego vocalizaban las palabras hasta la saciedad.

"Esta es la palabra PEAR", dijo Carlota y deletreó la palabra. "P-E-A-R. Es una fruta sólida de color verde claro y es buena para la salud. Bien, todos digan PEAR".

Los niños gritaron "PEAR". Se miraban unos a otros, se daban puñetazos y se reían. Se desató el pandemónium.

Carlota dio una palmada, se subió a una silla y miró a la clase con el ceño fruncido. Se hizo un silencio maligno.

"Pero suena gracioso", dijo un niño. Otro niño agitó los brazos y se rió.

"Siguiente palabra, TREE", continuó Carlota las lecciones. " Trees produce lots of leaves and branches."

Todos repitieron y volvieron a carcajearse. Cuando alguien la pronunciaba mal, Jorge se reía y señalaba con el dedo al culpable.

Al final del primer día, los alumnos habían aprendido quince palabras en inglés. Agotada, Carlota abrió el manual del profesor para elegir quince palabras más para el día siguiente.

También probó un nuevo método de enseñanza. Los alumnos darían la vuelta a las tarjetas ellos mismos, no el profesor. Voilà. Unidos, los niños se acomodaron y uno a uno fueron volteando una tarjeta. Aprendieron palabras de tres letras que rimaban, como gato, rata y murciélago; luego pasaron a palabras más grandes sobre frutas y verduras, el tiempo y la hora, árboles y flores. Pronto empezaron a construir frases.

Carlota se enfrentó a la clase. "Vamos a ver estos mapas de la pared". Había decorado su aula con mapas de México, Estados Unidos y Brasil, además de una lista de sus exportaciones e importaciones y lugares conocidos.

"¿Alguien sabe en qué estado de Estados Unidos se encuentra el Monte Rushmore? ¿Qué es el Monte Rushmore? Juan, acércate al mapa y señala la ubicación".

Juan no lo sabía. Sondra se acercó sigilosamente al mapa y señaló Dakota del Norte.

"Eso está cerca, es Dakota del Sur, justo aquí". Carlota señaló. "¿Dónde está Pão de Açúcar , Sugar Loaf?"

Todas las manos se levantaron. Juan corrió hacia el mapa y señaló la costa de Rio de Janeiro.

"Eso es, Juan, excelente trabajo. Muy bien, mañana trabajaremos más en el mapa. No dejes de volver", rió Carlota.

CAPÍTULO 24 - AARON

El instituto organizó una gran fiesta para uno de los profesores del instituto que tenía previsto jubilarse en Uruguay al final del curso. Carlota asistió a la fiesta con sus colegas Roger y Jennica.

"Allí hay un hombre que te ha clavado los ojos", le susurró Roger a Carlota mientras ella cortaba dos trozos de tarta. "No puede quitarte los ojos de encima. ¿Le conoces?"

Carlota puso los ojos en blanco y suspiró. Inclino la cabeza, preparada para ver a un hombre monótono y aburrido. Pero en lugar de eso, jadeó; sus ojos se agitaron. Parpadeó; sus labios se entreabrieron; una flecha atravesó su corazón. "¿Qué el...?? Le he visto antes". Otras compañeras también le miraron fijamente.

"Vaya", murmuró Carlota a Roger. "Ese tío es guapo. Más que guapo. Bonito pelo negro, piel lisa y aceitunada. Debe de medir un metro ochenta y quizá treinta y cinco. ¿Quién es?"

Aaron, el hombre en cuestión y vestido con unos vaqueros azules y una camiseta ajustada de color verde claro, hacía alarde de sus musculosos brazos y muslos. Excepcional, presumía siempre su madre.

Ella miraba fijamente, y él también. Visiones de amor y besos bombardearon la cabeza y el alma de Carlota. Sus ojos se arremolinaron el uno alrededor del otro. Cuando él se acercó, el corazón de Carlota se aceleró y su respiración se descontroló.

"Hola, soy Aaron Siqueira". Gran voz, consideró Carlota.

Carlota se tensó como una adolescente temblorosa. Él le estrechó la mano. Ella sonrió.

A Aaron le balbuceó: "El nombre Siqueira me suena. ¿Dónde lo he oído?".

Aaron suspiró.

"¿Enseñas inglés aquí en la escuela?". Carlota animó a Aaron.

"Estoy aquí para representar a mi padre en las funciones, banquetes o cenas de la escuela. Está en el Comité del Superintendente y normalmente asiste, pero hoy no".

Carlota se preguntó por su padre. Por lo que sé, podría ser Jack el Destripador. Pero eso es absurdo. No he leído nada sobre él entre los administradores de la escuela, los profesores o los padres.

Carlota presentó a Aaron a sus colegas Roger y Jennica. Él asintió y luego volvió a centrar su atención en Carlota.

Aaron susurró: "Me gustaría llevarte de picnic después del banquete. O podemos ir ahora".

"¿Qué? Acabamos de conocernos".

"Entonces", contraatacó Aarón.

"Me encantaría hacer un picnic contigo, pero quizá otro día". Aaron arrugó el ceño y le pidió su número.

Otros profesores se agolparon alrededor de Aaron y le estrecharon la mano. "¿Cómo están tus padres?", le preguntaron.

Vaya, tengo que averiguar algo sobre este hombre tan guapo.

Aaron ayudó a limpiar. Se quedó escuchando las cuestiones de los profesores para remitirlas al comité de su padre.

Carlota apartó a uno de los profesores y le preguntó por Aarón.

"¿Quién es Aaron Siqueira? ¿Es profesor aquí en la Escola Básica?"

"No, es abogado con su padre, excepto que representa a las instituciones financieras aquí en Bombinhas. Es muy conocido, igual que su padre".

"Vaya", Carlota puso los ojos en blanco. "Son gente importante aquí en Brasil".

"Oh, sí, lo son, pero también son gente buena y sólida, simpáticos como siempre. Aarón acaba de volver del extranjero, donde negoció en las rutas marítimas inglesas hacia Brasil, principalmente con el Puerto de Vitoria."

"Suena fascinante hacer negocios en el extranjero", dijo Carlota. "Quizá algún día tenga la oportunidad de hablar con él".

El profesor sonrió y guiñó un ojo.

CAPÍTULO 25 - MAPAS

Vamos a hacer mapas de sal". Carlota lo anunció a su clase. "Mapas de sal de varios países del mundo".

Dividió la clase en tres grupos de cinco. Cada grupo eligió un país.

Carlota recorrió la clase y distribuyó cartulinas blancas gruesas. Abrió los armarios y sacó pinturas, pinceles y vasitos de papel para mezclar la pintura con la sal.

María, del Grupo Uno, sonríe y exclama: "Hemos elegido Francia. Es grande y tiene la gran ciudad de París".

José, del Grupo Dos, eligió Holanda por todos sus canales y puentes.

Josefina, del Grupo Tres, dijo: "¿Podemos elegir Brasil?".

"Oh, sí, esperaba que alguien eligiera Brasil. Podremos ver por dónde pasa el río Amazonas".

Después de ponerse las batas requeridas, mezclaron las pinturas y la sal. Los niños parloteaban y saltaban alrededor de sus mesas mientras untaban la mezcla salada en las tablas. A media tarde, ya tenían una visión rudimentaria de Francia, los Países Bajos y Brasil, sus ciudades y sus ríos.

"Mire lo que hemos hecho, Sra. Annesley". Josefina se acercó a la mesa con una gran sonrisa de dientes.

"Éxito, Josefina", dijo Carlota y levantó las manos en el aire. "Sí, fabuloso trabajo de clase. Todos se unieron y crearon fantásticos mapas de sal".

"Expondremos vuestros mapas para vuestros padres en la jornada de puertas abiertas". Las clases de otros profesores también probaron suerte con los mapas de sal.

Carlota reflexiona sobre sus alumnos. Le encantaba enseñar inglés. Se sentía necesitada y querida por sus alumnos, por sus padres y por el colegio, como la luna necesita al sol.

Todos los días, los niños se reunían a su alrededor y le hacían preguntas sobre su vida en Estados Unidos.

"Bueno, nací y crecí en Tennessee. ¿Sabéis dónde está Tennessee?". preguntó Carlota.

"Sí, lo vemos en el mapa de Estados Unidos".

"También tengo un hijo pequeño".

Sus ojos se agrandaron. "¿En serio?", dijo uno.

"Ahora, hablad de vuestras vidas en Brasil", pidió Carlota.

"Acabamos de volver de Río de ver a la abuela", dijo un niño. "Hemos comprado comida".

"Vamos a Miami todos los años a ver a mi tío José", dijo María. "Nos alojamos junto al mar, como aquí".

"Eso suena bien. Es divertido ver a los parientes".

"¿Su hijo y su marido vinieron con usted a Brasil?". preguntó José a Carlota.

"Ya hablaremos más de mi vida en otro momento. Terminemos con las actividades de hoy, ¿sí?".

CAPÍTULO 26 - GATITO

Antes del amanecer, Carlota se frotó los ojos, se pasó los dedos por el pelo, se puso una bata rosa y salió al balcón. Carlota se ató bien la bata. Inhaló el aire húmedo y fresco y exhaló como todas las mañanas.

A medida que el sol se asomaba por el horizonte, la oscura noche retrocedía, las olas del mar agitaban la costa como el sonido de una máquina de café expreso en marcha.

El lienzo en blanco de Bombinhas a primera hora de la mañana había cobrado vida. Sólo el personal del motel y los trabajadores de mantenimiento poblaban la playa a esa hora. De tres en tres y de cuatro en cuatro, retiraban cristales y escombros, desplegaban sombrillas de playa y arrastraban pesados baños portátiles hasta sus posiciones asignadas. Los quioscos de comida y bebida aparecieron por arte de magia.

Estoy deseando meterme en el océano. Podría ser el primero en llegar a la playa. Pero antes tengo que desayunar.

Carlota entró en su lavadero y se estiró sobre las puntas de los pies para contemplar La calle principal. Ya había decenas de visitantes desfilando hacia la playa con cestas de picnic, mantas, sombrillas y sillas plegables. Los niños se apresuraban a marcar su territorio en la orilla.

Carlota se apresuró a ir al baño, se echó agua en la cara, se lavó los dientes y se peinó. Se quitó el camisón, se puso una camiseta amarilla sin mangas por encima de la cabeza, se puso un jersey ligero y se calzó las chanclas de goma para la piscina.

Encontró un pintoresco café, el Picadilla Café, en la calle mayor. El camarero había colocado mesas y sillas de salón fuera, bajo el toldo, pero Carlota prefirió una mesa dentro. El camarero le ofreció un menú.

"Buenos días", dijo, con ojos alegres. "Has madrugado, me alegro de verte".

"Buenos días", Carlota le miró y sonrió.

Antes de mirar el menú, se quedó pensando en las enormes réplicas de peces que había en las paredes del pequeño restaurante: un enorme marlín de unos diez metros, un pez ángel, un pez espada.

Carlota se irguió mientras miraba por la puerta principal a un gato blanco y negro, desamparado y esponjoso, sin collar.

Dios mío, un gatito. Tiene la cara arañada. Debe haberse peleado. Me pregunto si es macho o hembra.

Justo entonces, el camarero apareció junto a su mesa. "Señorita, ¿le apetece un té caliente?"

El camarero trajo té, nata y azúcar.

"Me gustaría un huevo sobre gofre con lechuga y tomate. Suena riquísimo".

"Enseguida vuelvo", dijo el camarero con un guiño. Notó su interés por el gato. "Es un gato callejero que viene por aquí desde hace un par de meses".

"Parece un duro carroñero de la costa", dijo Carlota, frunciendo el ceño. "Desde luego no está cuidado. Pelaje sin brillo, demasiados cortes, una oreja arrancada. Una lástima". El camarero puso los ojos en blanco.

Mientras tanto, ella vigilaba atentamente al gatito. Se lamía la pata, se lavaba la cara, se sentaba torcido sobre las ancas, se mantenía alerta.

Al final del desayuno, Carlota se limpió la boca con una servilleta y se pintó los labios. Después de pagar, se le ocurrió una idea.

CAPÍTULO 27 - VETERINARIO

Carlota se acercó sigilosamente al gatito y le apuntó con el dedo.

"Hola gatito, no te escapes, gatito", suplicó Carlota con su voz de bebé más suave y tranquilizadora. Carlota se acercó más y más al gato, y luego un poco más.

"No te escapes, cielo", volvió a suplicar Carlota. El gato se quedó; aún no se había escapado. Miró a Carlota por el rabillo de uno de sus ojos heridos.

Es hembra, supuso Carlota. Necesita cariño y atención. Pobre niña.

Carlota se lanzó en picado como una mamá águila y agarró al gato. Siseó, lloró y clavó sus afiladas garras en la mano y el hombro de Carlota.

"¡Ay!", gritó Carlota.

La gata se quedó paralizada cuando Carlota la agarró por el cuello, la acurrucó bajo el brazo y la escondió bajo su jersey. La gata gruñó como si la torturaran. Carlota se apresuró a entrar en su habitación de motel con su "botín" como un bandido en la noche.

Acomodó a la gata en el sofá, que saltó y se metió debajo de la cama. Carlota decidió que, como no tenía que estar en ningún sitio ese día, llevaría al gato al veterinario para que lo evaluara, lo bañara y le pusiera las vacunas necesarias. Quería que este pequeño gatito fuera su divertido, libre y peludo compañero brasileño.

Carlota se puso sus vaqueros raídos y desteñidos. El gato, que seguía debajo de la cama, siseaba, gruñía y maullaba mientras Carlota buscaba un veterinario de confianza. Tras encontrar uno, gato y compañía se dirigieron en taxi a la calle Burdeos, a la Clínica Veterinaria Norte.

"Este gato necesita quedarse el fin de semana para más pruebas debido a estas laceraciones faciales", dijo el veterinario tras el examen. "Hay que limpiar las heridas y dar unos puntos de sutura para cerrar la raja de la oreja".

Carlota no se lo esperaba. Cogió el taxi de vuelta al motel sin el gato.

El lunes llamó al veterinario desde el motel para comprobar los resultados.

"Todo va bien", le dijo un empleado. "El gato necesita más tiempo de recuperación y debe permanecer en casa".

Carlota pasó por un banco calle abajo y retiró fondos para la factura del veterinario. Salió de nuevo a la calle Burdeos.

Tras un baño y vigorosos cepillados, el gato recordaba a Carlota a uno del famoso personaje de

dibujos animados Sylvester. El veterinario le había aplicado medicamentos y puntos de sutura en los cortes y rasguños de la cara y las orejas, la había desparasitado y puesto al día con sus vacunas. Le cortó las uñas y le regaló un collar rosa, tan bonito sobre su esponjoso pelaje "nuevo".

Carlota, todas sonrisas, se llevó a su nueva compañera a casa y la llamó Bella, por "preciosa".

Mientras Bella se enfriaba en la habitación de hotel de Carlota, ésta se apresuró a ir a la farmacia a comprar mantas, dispensadores de comida y agua, toallas y arena. Cuando Carlota regresó, Bella, acurrucada en un sofá, abrió los ojos, bostezó y estiró una pata como diciendo "joder, me has despertado".

Carlota dio de comer a la mandona Bella, la acarició y se preparó para irse a la cama. Se dio cuenta de que a Bella le gustaba que la "rescataran". Los gatos saben de estas cosas.

CAPÍTULO 28 - PíCNIC

Con la cesta de pícnic a cuestas, Carlota y Aaron recorrieron el sendero ajardinado y lleno de hiedra de Allegra Cove and Cliffs.

"Ten cuidado al caminar por los acantilados y las rocas", dice Aaron. "Es como caminar por los verdes acantilados de Oregón. Son resbaladizos, con mucho musgo de la lluvia. Y deja de mirar al océano. Presta mucha atención a tus pies".

Caminaron entre crisantemos y tulipanes, de todo, a lo largo de rocas hasta abrazar el borde de un precipicio. Para semipostar, grabaron sus nombres en la tierra con palos.

Aaron agarró la mano de Carlota. "Ay", dijo ella.

"Tengo que sujetarte para que no te caigas por el borde y caigas al barranco. No quiero una novia destrozada".

La cara de Carlota se crispó. Él soltó una risita.

"Es difícil ver el barranco desde aquí y sé que está ahí por experiencia".

"Vale", suspiró Carlota mientras se enjugaba la frente. "Aguantaré".

Carlota se asomó, no pudo evitarlo, a los kilómetros y kilómetros de brillantes olas blancas del océano. No había nada más a la vista, ni siquiera un barco, una plataforma o un portacontenedores. La niebla entraba para potenciar el fresco olor a nuevo y a limpio, como su amor en ciernes.

Carlota se puso de puntillas sobre un precipicio más pequeño para vislumbrar de nuevo el océano. Con la niebla, el suelo se había ablandado. Antes de darse cuenta, su cuerpo se deslizaba por el precipicio.

"¡Aarón!", gritó.

Aaron se dio la vuelta, corrió hacia ella y la agarró del brazo para detener el deslizamiento. Ella gimió y volvió a gritar. Él clavó un pie en el suelo y tiró de ella con más fuerza. No conseguía inmovilizarla, ella seguía avanzando colina abajo como una esquiadora de nieve novata.

Aaron, con toda su fuerza, corrió delante del cuerpo de ella y la detuvo en seco. La empujó de nuevo colina arriba centímetro a centímetro.

"Lo siento mucho", dijo Carlota. "No pretendía preocuparte. Tienes razón, no conozco el terreno".

"Carlota, debes tener cuidado con las playas y los acantilados. Están entremezclados y es fácil

caer en una grieta o en un profundo barranco pantanoso. Además, algunos acantilados parecen cortos y lejanos, pero no lo son".

Con un leve mohín y un agudo dolor en la pierna, apartó los ojos de él. Lloró. Reflexionó sobre lo estúpida que había sido por haber colocado a Aaron en una posición precaria en aquel acantilado.

Aaron le pasó el brazo por los hombros, la besó y dijo: "Vamos a comer".

Carlota desplegó una gran manta acolchada verde y azul sobre un terreno llano entre dos árboles. Se agacharon sobre la manta. Aarón abrió la cesta de picnic y sacó una botella de zumo de uva, bocadillos y queso. Sacó dos vasos de papel y sirvió el zumo. Chocaron los vasos mientras él hacía un brindis.

"Esto es por nosotros", dijo Aarón, "por el comienzo de nuestros muchos años de diversión juntos".

Carlota, con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido por ser su primera cita, levantó la copa y bebió un sorbo de la bebida afrutada.

"No me pasaré con el zumo de uva", titubeó Carlota.

"Esa es la idea", dijo Aarón. "El alcohol no es recomendable en estos riscos. Oye, vamos a hacer el tonto".

No hubo respuesta.

Los pájaros cantaban, las olas del mar rugían, a los dos les entró sueño. Después de guardar los bocadillos y el queso se estiraron en la manta para dormir la siesta.

Carlota soñaba con una vida futura en Bombinhas con Aarón y cuatro hijos. ¿Por qué cuatro? Se le ocurrió. Pero su familia, estando tan lejos, no se lo tomaría muy bien.

Pero puedo soñar, ¿no?

CAPÍTULO 29 - ZIMBROS

Aarón invitó a Carlota a comer al mediodía siguiente en casa de sus padres para presumir de ella como se haría con un diamante de valor incalculable. Vivía en el sur de Bombinhas, en el barrio de Zimbros, cerca del Jardín Botánico.

Carlota entró en pánico, se puso roja como la remolacha cuando Aarón metió el coche en el largo camino de entrada circular.

Madre mía. Esta es la gigantesca mansión de la colina en la que me fijé mi primer día en Bombinhas. Los padres de Aaron son los dueños. Mira ese césped, está tan verde y cuidado como siempre. Le robó una mirada a Aarón. Aaron, concentrado en conducir, no se dio cuenta de su sorpresa.

La madre de Aaron les saludó en la puerta principal de la amplia veranda.

"Hola", dijo la Sra. Siqueira con una gran sonrisa. "Venid a bordo. Esta debe de ser Carlota". Enseguida, una leve crítica se puso de puntillas. "Tienes una pequeña quemadura de sol en la nariz, Carlota".

Después de abrazar a su hijo, Carlota y Aarón atravesaron las puertas francesas de alabastro y entraron en el salón para conocer al padre de Aarón. Nunca sabría por qué no saludó a Carlota en la puerta con su mujer. Bastante grosero, pensó Carlota.

La señora Siqueira le tendió a Carlota una copa de vino blanco mientras elegía un sillón junto a Aarón.

"Aarón nos ha dicho que eres de Tennessee", dijo su madre como si fuera su turno de curiosear.

"Sí, señora", dijo Carlota, con los ojos inquietos, como esperando que cayera otro zapato o una crítica. "Nací y crecí allí. Mis padres siguen allí".

Esmerelda, la ama de llaves y cocinera jefe anunció el almuerzo y todos se reunieron en el enorme comedor que daba a los jardines más el Atlántico. Carlota se sentó en el lado que daba al océano, Aarón frente a ella, mamá y papá en cada extremo, acogedores.

Carlota no podía apartar los ojos de la costa, el océano azul y transparente y las omnipresentes sombrillas de playa.

Esmerelda sirvió róbalo ahumado empapado en pankó, berza con rodajas de naranja, arroz y una ensalada de tomate. Como la ración inicial era minúscula, Carlota pidió repetir.

Una conversación ligera y distendida llenó la sala antes, durante y después de la cena.

"Háblanos un poco de ti", dijo la madre de Aaron. "¿Qué te trajo a Bombinhas? ¿El clima, la lengua portuguesa, la escuela o el trabajo?".

"Casi todo", respondió Carlota. "Construir una vida aquí, en Brasil. Pero sé que eso puede ser descabellado".

"No es descabellado", contraatacó Aaron.

"Creo que sería admirable, pero todo un reto mudarse a otro país", afirmó su madre. "No estoy segura de por qué uno querría hacer eso".

Carlota se encogió de hombros, pero no tanto como para que se notara. "Estudié los países sudamericanos, los idiomas y la historia y me enamoré del país".

El padre de Aaron, tan guapo como él, encendió una pipa después de cenar y miró fijamente a Carlota. Tosió y dio tres caladas como una vieja máquina de vapor. No dijo ni una sílaba. Ni siquiera parpadeó o se rió. Tenía muchas cosas en la cabeza.

"Excelente pescado, tan ligero y hojaldrado" exclamó Carlota. La señora Siqueira asintió, sin saber qué pensar de Carlota.

CAPÍTULO 30 - PREGUNTAS

Tras el gran almuerzo con bebidas mezcladas, apartaron las sillas y salieron a la cubierta lateral, donde el viento se encargó de las largas cortinas blancas de separación del patio. La orientación sur de la terraza daba a los frondosos acantilados del Morro.

"Cuéntanos algo más de ti, Carlota", dijo el Sr. Siqueira. "¿Qué te dio la idea de enseñar inglés aquí, en Bombinhas? Me parece fabuloso".

"Estaba lista para un cambio y quería ayudar a los jóvenes con el inglés".

"¿También miró otras ciudades?". preguntó la Sra. Siqueira.

"Sí, lo hice, señora, investigué las grandes ciudades de Brasil y México. Pensé que me iría bien en Bombinhas porque tiene una gran reputación como ciudad costera y balneario seguro."

"Pues sí que la tiene", se rió Aarón. "Nos encanta estar aquí".

"¿Cuál es su fecha de regreso a Nashville?". preguntó la Sra. Siqueira, con una ceja levantada en punta. "Tengo entendido que eres viuda y tienes un hijo de cinco años". Su tono se había elevado como si un cuchillo hubiera sustituido a su lengua.

"¿Cuándo hiciste toda esta investigación, madre querida?".

Carlota se mordió la lengua. Esta mujer, instalada en una mansión brasileña frente al mar, no tenía ni idea de los tiempos tumultuosos que había pasado después de perder a Jayden.

"Está bien, Aaron. Pienso terminar los tres meses de enseñanza en la Escola Básica y luego volver a mi ciudad". Carlota supuso que la señora Siqueira ya podía relajarse.

"¿Tienes ganas de volver a casa?", insistió su madre. "¿Tienes morriña?".

"Cielos, no", se rió Carlota con sorna mientras se le helaba el corazón ante la tontería de sus preguntas. "No tengo morriña. Me encanta estar aquí en Brasil. Ha sido un desvío muy necesario para mí. Pero echo de menos a mi hijo".

La madre de Aarón miró a Carlota con los labios fruncidos y los ojos negros, como un gato dispuesto a atacar. Lanzó una mirada a Aarón como preguntándole si sabía algo del hijo pequeño de Carlota.

Aarón miró a Carlota con signos de interrogación. ¿Qué hijo, se preguntó? Con disimulado disgusto, guiñó un ojo a su madre y reprimió una sonrisa a Carlota. Su padre, ya en casa, se había enterrado con la página de acciones del periódico del día.

"Muchas gracias, mamá y papá", dijo Aarón. "La comida ha estado genial".

"Sí, gracias", dijo Carlota. Notó que la madre de Aarón no le pedía que volviera.

Aarón tiró de Carlota y la acompañó hasta su coche. La besó y enterró la cara en su sedoso pelo.

Durante el viaje de vuelta a casa, Aaron dijo: "Estoy enfadado con mi madre, la zorra que es, por indagar en tus antecedentes de esa manera. Es muy turbio. Y sé que me habrías hablado de tu pasado en el momento oportuno. Sólo me sorprende que tengas un hijo, eso es todo. Y es genial. ¿Cuándo podré conocerlo?"

Carlota le puso al corriente de su pasado, incluido todo lo referente a su hijo, Zeke. Se estremeció cuando ella habló del dolor y el sufrimiento de la viudez.

"Seguro que ahora echas de menos a tu hijo", le dijo Aarón. "Y él a ti. ¿Tendrá oportunidad de venir? Me encantaría verle. Me encantan los niños".

"Eso espero dentro de unas semanas. Me dice que está listo para una visita".

"Siento mucho lo de tu marido. Algún día podrás hablarme más de ello".

"Creo que estaría bien, algún día en el futuro".

CAPÍTULO 31 - ISLA

Vestidos con bañador y sandalias, Aarón y Carlota subieron a su lancha rápida azul y blanca, la Marabel, para recorrer los quince kilómetros que separan Ilha das Galés, una diminuta isla habitada por palmeras.

"Tengo miedo", dice Carlota a medio camino. "Estamos tan lejos en el océano. Ya ni siquiera veo la costa de Bombinhas". Abrumada, se tapó la boca, se agachó, se secó, se mareó, jadeó; pero todo se calmó al cabo de cinco minutos. No era una buena muestra de su experiencia náutica.

"Estás mareada", dijo Aaron. "Creía que habías dicho que navegabas mucho por la costa de Chesapeake".

Aarón la rodeó con el brazo mientras dirigía el barco. La felicidad apareció en el rostro de Carlota cuando la besó en la mejilla. El agua del océano les roció la cara.

Ella movió la cabeza de un lado a otro y se echó a reír. Otra vez, si sus amigos de casa pudieran verla ahora. Y ya no se mareaba, Aaron lo había arreglado.

Ilha das Galés estaba rodeada de aguas poco profundas y olas pequeñas. Carlota y Aarón se dieron un chapuzón y luego hicieron snorkel para explorar la vasta vida marina submarina. Se enfrentaron a innumerables bancos de peces brasileños: el pez mariposa de rayas amarillas, el pez mandíbula de color violeta aguamarina y el pez tigre naranja.

Aaron no perdía de vista a Carlota. Pensó que de todas las chicas que había conocido, ninguna se acercaba a Carlota en cultura, vestimenta, forma de hablar y agallas.

"Somos el uno para el otro", reflexionó Aaron. "Ella es interesante".

Carlota y Aarón amarraron el barco en la isla y salieron al muelle. Los pocos residentes la intimidaban. Tenían un aspecto diferente, con sus caras arrugadas y su pelo largo y áspero de color negro azulado. Le daban miedo.

Además, no quería ser el blanco en una isla extranjera, muy extranjera, sólo porque su aspecto no fuera común para ellos. Pero mientras Aaron y ella paseaban hacia el pequeño pueblo, Aaron charlaba y daba palmaditas en la espalda a la gente.

Vaya. Quiero conocer más el mundo, sobre todo la gente y las culturas. Mi cultura no es la única. Podría aprender y disfrutar de otras naciones. ¿Quizá Aarón podría ayudarme a hacerlo? ¿De qué hay que asustarse?

CAPÍTULO 32 - BEBÉ

Una mañana, para hacer ejercicio, Carlota paseó entre las palmeras y arbustos autóctonos del puerto más alto de Bombinhas. Mientras daba patadas a las piedras, como una niña alegre y despreocupada, observó una callejuela en mal estado que conducía a un barrio pobre de bungalós sucios y grisáceos atravesados por caminos de tierra.

Carlota se detuvo en seco. Se quedó mirando unos segundos. A mitad del callejón yacía lo que parecía un bebé desnudo junto a una vieja incineradora oxidada y encendida que olía mucho a piel de ganado quemada.

"¿Eso es un... un... bebé?". se dijo Carlota con incredulidad y se acercó. Sus cejas se fruncieron. "No, no puede ser. Espera. Vaya, es un bebé".

Cerca del bebé, una niña de unos tres años, que aún no había desarrollado la voz, gimoteó a Carlota. La niña, que llevaba una camiseta azul sucia de Brasil, empezó a llorar. Su pelo negro se enredaba alrededor de su cara en hilos húmedos, su cuerpo era un esqueleto. Asustada, la chica se alejó tambaleándose como un frailecillo.

"Aquí pasa algo", frunció el ceño Carlota. "¿Quién ha puesto a ese bebé junto a la papelera caliente?".

Alarmada, pero pensando que no era asunto suyo, Carlota continuó su paseo matutino. Sin embargo, la escena le molestó, como cuando uno se da cuenta de algo pero se le escapa todo su significado. Se dio la vuelta y volvió corriendo para inspeccionar más de cerca.

"Cielos, el bebé está llorando. Y sucio. Pobrecito". Carlota se fijó en las monedas y billetes amontonados en una sucia taza de hojalata cerca de la incineradora. El olor a estiércol asaltó sus fosas nasales. Oyó a lo lejos el ladrido de pánico de un perro.

Con la boca tensa, Carlota gritó, vociferó, agitó los brazos, arengó a cualquiera que estuviera cerca. Las puertas se cerraban de golpe. Escudriñó las casas arriba y abajo del callejón.

"¿Ve usted el bebé que está allí, junto al cubo de la basura?". le dijo Carlota a una señora, que frunció el ceño y se enjugó la frente.

"No veo a nadie", suspiró la señora. "Estoy ocupada. Váyase".

Carlota, sin desanimarse, se dirigió a la siguiente casa y a diez más después. Nadie conocía al bebé, pero siempre le pedían a Carlota que se marchara y mirara en la casa de al lado.

Por último, llamó a una casa con las puertas y ventanas fuera de sus goznes. Cinco o seis niños

sudorosos, con llagas abiertas en la cabeza y sarpullidos rojos en los brazos, jugaban fuera con mugrientos bloques de madera.

Carlota llamó a la puerta y una mujer le pidió que entrara. Una vez dentro, una ráfaga de calor, aire mohoso y olores a cebolla rancia se la tragó.

Sin aliento, Carlota preguntó: "¿Es usted la madre de los niños que están jugando en el patio? Perdome, soy Carlota Annesley". Le tendió la mano para estrechársela.

La mujer sonrió. "Juanita Villareal. Y sí, estos niños son míos". Se secó la frente con un trapo.

"¿Y el bebé de la incineradora cerca de la carretera principal?". Carlota resopló.

"El bebé es mío, pero no puedo cuidar de ella. Debe haberse arrastrado hasta allí. Ya lo ha hecho antes. ¿La cuidarías ahora mismo? Se llama Marcia".

"¿Eh?" ¿En qué me he metido?

"No soy capaz de cuidar a un bebé", dijo Carlota. "Sin embargo, parece que está en peligro. Buenas personas han traído dinero para su cuidado. ¿Podrías traerla a ella y el dinero? Está a unas casas de aquí, al final del bloque".

"Váyase, por favor", la mujer bajó los ojos e ignoró a Carlota. "No soy capaz de cuidar de ella".

Carlota no daba crédito a lo que oía. Salió de la casa, se acercó al bebé y llamó a la policía.

"Ojalá tuviera mi certificado para acoger niños", dijo Carlota.

La policía salió, se llevó al niño y el plato de dinero. Interrogaron a la madre y comprobaron que no le interesaba lo más mínimo el bebé. Pero, resentida, se llevó al bebé.

Carlota no podía quitarse al niño de la cabeza. ¿Cómo se le podía ocurrir a alguien deshacerse de un bebé así como así? Entendía que el dinero no crecía en los árboles. Pero aún así. Quizá pudiera hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 33 - CAIXA

Carlota y Aarón encendieron un pequeño fuego con madera a la deriva en la aldea de Caixa. Habían amarrado su barca en el mar y remado el bote hasta la orilla.

Al anochecer, la playa se había vaciado, las estrellas se elevaban una a una, y una brisa bonancible soplaba en un mensaje de aflicción. Llegan las lluvias. Las brasas gigantes brotaron al unísono mientras Aarón acurrucaba a Carlota en sus brazos.

"Nunca había conocido a una chica tan encantadora", le dijo Aarón a Carlota con amor en los ojos. Carlota le sonrió, sus ojos brillaban como chispas ardientes. Se abrazaron y se besaron; envueltos en sí mismos como en un capullo, el calor fluyó por sus cuerpos.

Escucharon el rumor de las olas en la orilla. Carlota se durmió en sus brazos. La noche cayó como un ruido sordo. Se acercaban las nueve.

"Quizá deberíamos volver al pueblo", despertó Carlota. "Debe de ser muy tarde". Se revolvió el pelo en un nudo apretado.

Aarón suplicó que le dieran una hora más. A Carlota no le gustaba el arrullo; no le sentaba bien. Además, aún tenían que remar hasta su barco para volver a Bombinhas.

Se levantó. "Por favor, coge las llaves. Necesito ir a casa. Se hace tarde".

Carlota, recién llegada a Sudamérica y a su cultura y costumbres, supuso que a esas horas de la noche, en esa playa, brotarían adolescentes revoltosos con sus drogas y borracheras.

"Aarón, *no* quiero quedarme más tiempo", dijo Carlota. "Me da miedo la gente de la droga".

Aarón se levantó mientras miraba a su alrededor en busca de alguna actividad nueva u ominosa. No vio nada. Se encogió de hombros.

Incapaz de esperar más, Carlota, asustada, con el corazón latiéndole con fuerza, se lanzó hacia una fuente de agua de cemento que había junto al muelle. Se lanzó de cabeza contra un cuarteto de jóvenes.

"Aarón, Aarón", gritó, mientras los cuatro la ayudaban a recuperar el equilibrio.

Con mirada inquisitiva, Aarón se apresuró a acercarse a Carlota, que lloraba.

"¿Qué te pasa? dijo Aarón. Como era brasileño, sabía lo que le esperaba: vive y deja vivir. No hay que suponer.

Además, esto era Caixa Beach, el mayor pueblecito familiar de todo Brasil. Su reacción le

gritó que ella, incluso con sus amplios estudios e idiomas extranjeros, no tenía ni idea de Brasil y su forma de vida.

"¿Por qué no te fuiste cuando te lo pedí? La cara de Carlota se contorsionó. "Estaba muerta de miedo".

Carlota supuso que si este episodio se repetía, y él volvía a ignorarla, ¿qué más pasaría por alto en el futuro?

Aaron reflexionó sobre la situación. "Tienes razón, deberíamos habernos ido antes". Le cogió la mano, le dijo que la quería y se dirigieron al embarcadero para volver a casa. Carlota se frotó los ojos, se tranquilizó, y una vez en la lancha se relajó.

"Quizá me precipité un poco", dijo Carlota. "Lo siento. Esos chicos no eran traficantes en absoluto".

Le encantaba aquella mujer. Pensaba ver las cosas desde su punto de vista y serle de ayuda en cada asunto o preocupación.

CAPÍTULO 34 - CABANA

Aarón invitó a Carlota a una cita en la playa de Cabana, una playa solitaria y rocosa. Después de subir las colinas escarpadas y adentrarse en el bosque, se sentaron juntos en una manta donde Carlota se quedó dormida y Aarón la observó.

Le acarició el pelo y se inclinó para plantarle pequeños besos en el cuello y la boca. Carlota estiró los brazos y abrazó a Aarón por el cuello.

Después de taparse con las mantas, se desnudaron, se acariciaron e hicieron el amor dulce y deliciosamente al ritmo del oleaje.

Horas más tarde, se levantaron, recogieron sus pertenencias y regresaron a un café de Bombinhas para encontrarse con Miguel Cavalcanti, un amigo de Aarón.

Aarón abrazó a Miguel y le presentó a Carlota. Impresionada por los duros rasgos latinos de Miguel: ojos oscuros, cejas, piel morena y una sonrisa blanca y brillante, se limitó a asentir. Él le guiñó un ojo; ella cambió la mirada hacia Aarón.

Miguel le hizo un gesto a Aarón para que se apartara y le susurró, según le pareció a Carlota, un tema precario. Podía oír cada palabra. Miguel, con la cara desencajada, hizo una advertencia ominosa a Aarón.

"Aarón", dijo Miguel, ojo a ojo. "Este tipo, Bruno Silva, ha estado preguntando por tu vida diaria, trabajo, finanzas y novias".

"¿Por qué demonios está haciendo eso? No es asunto suyo. Qué raro".

"A veces salimos a tomar cerveza después del trabajo para jugar a los dardos y hablar de chicas. Es increíble, Aaron. Se le considera un 'chico malo'. Las chicas le adoran por su cara dura y su largo pelo castaño. Dicen que es un hombre de hombres".

"Hermano. Lo conozco bien, o lo conocí bien hace mucho tiempo", dijo Aaron. "Era mi mejor amigo en la preparatoria. Entonces, ¿cuál es el problema?"

"No deja de molestarme por ti. Quiere detalles, detalles, detalles sobre tu vida. Puedo decir que algo se está gestando. ¿Has hecho algo para que se obsesione contigo? ¿Y por qué ahora?"

Aarón volvió a mirar a Carlota por encima del hombro. Le hizo una señal para que esperara un par de minutos más. Ella asintió con la cabeza.

"No estoy seguro de por qué pregunta por mí. Hace años que no somos amigos íntimos".

"¿Has hecho algo para que se enfade? Sabes que no es feliz a menos que lastime a alguien."

Cree que le estás ocultando algo".

"Eso es tan estúpido", dijo Aaron. "Ignóralo. Como ya he dicho. No he hablado con él en años. No me cae bien y no me gusta oír hablar de él".

"¿Le debes dinero? ¿Has conspirado contra él por sus ventas ilegales de drogas? ¿Está celoso de ti por alguna razón?".

Aarón se volvió e hizo un gesto a Carlota para que se acercara. Ella se acercó sin saber si debía hacerlo. Aarón y Miguel parecían enzarzados en una discusión delicada.

"Intento advertir a Aarón sobre un viejo amigo suyo", le dijo Miguel a Carlota. A Carlota se le desencajó el semblante.

"¿Quién? dijo Carlota. "¿Qué ha pasado? Me gustaría saberlo ya que tiene algo que ver con Aarón".

"¿Por qué no la pones al corriente, Miguel?", dijo Aarón. "Me gustaría que Carlota conociera la historia de Bruno Silva".

CAPÍTULO 35 – BRUNO

"¿En serio? Bueno, vale, allá vamos". Miguel se lanzó a la historia. "En Río, Aarón, Bruno y yo íbamos a un colegio privado y los tres éramos mejores amigos. Bruno, un tipo famoso, creía que sabía más que todo el mundo".

Oh, no, Carlota se encogió de hombros. Como Trammel.

"Sin embargo, el director expulsó a Bruno ya que sacaba notas bajas o suspensas, contestaba con descaro a los profesores y pegaba puñetazos a los niños durante las clases. Un imbécil en toda regla".

Aaron interrumpió: "Bruno tenía un gran problema en casa, pero nunca me dio muchas explicaciones. Me sentía mal por él, así que le eché una mano ofreciéndole alojamiento y comida. Eso es lo que uno hace por los amigos, ¿no?".

Miguel dijo: "Incorrecto. Al principio Bruno se tomó bien la expulsión del colegio, pero luego se enfureció por haber sido maltratado. No quería que nadie pensara que era menos que Aarón. Una cosa de competencia, ya ves".

Aaron dijo: "Yo seguía proporcionándole fondos si alguna vez los necesitaba, pero él decía que no. Siempre tenía una mirada insensible, como si lo hubieran maltratado o criticado injustamente".

"Bruno dejó la casa de sus padres, abandonó la escuela, se fue a vivir con sus abuelos a Montevideo", cuenta Miguel. "Allí terminó su diploma en una escuela pública. Claro que eso fue hace más de diez años".

"Qué lástima lo de ese amigo tuyo, Aarón", dijo Carlota.

Miguel asintió. "Bueno, ha vuelto, pero no estoy seguro de dónde vive. Cuando te menciona, Aarón, que es a menudo, tiene una mirada de odio en los ojos. Da miedo. Es algo que tienes que averiguar y tratar. Ocurren cosas terribles con el odio. Violencia, sabotaje, incluso la muerte".

"Aarón, esto es terrible". Una mirada solemne nubló el rostro de Carlota. Jugueteeó con la correa de su mochila.

"Hace tiempo que ni siquiera pienso en él", le dijo Aarón a Carlota. "Debe de tenerme rencor por algo. Haré todo lo posible por determinar qué he hecho para que se enfade. Debe estar muy arraigado si ha pasado tanto tiempo".

"Me estoy jugando el cuello", dijo Carlota, "pero es bueno dejar las cosas así. Puede remitir".

"Pero puede encontrarse más", dijo Aarón.

Miguel estuvo de acuerdo con Aarón. "Yo creo que éste se va a enconar por la expresión de odio que se le congela en la cara cada vez que alguien menciona el nombre de Aarón".

"Esto suena fatal", dijo Carlota. "Va a ser difícil derretir un rencor sobre todo si no sabes de qué se trata. ¿Cómo es por si me lo encuentro?".

"Bruno Silva es muy alto y tiene el pelo castaño espeso y tupido y los ojos castaños claros", dijo Aarón. "De joven era guapo pero al madurar y no irle la vida como quería, su cara se endureció y sus ojos se entrecerraron".

"Para ser justos, Bruno lo tuvo más difícil que Aaron", dijo Miguel. "Aaron fue a la universidad; Bruno no. Sin dinero. Sin un gran apellido. Supongo que estaría celoso. Y ahora tú, Aarón, has conocido a una mujer hermosa, y eso podría ser la gota que colmara el vaso para él".

"¿No es ridículo?" Aaron sacudió la cabeza.

"Estoy conjeturando, pero me preocupa tu bienestar", dijo Miguel. "Podrías optar por seguir navegando e ignorarlo mientras Bruno trama una pira para ti".

CAPÍTULO 36 - YAMAHA

Después de comer, Aaron remolcó su moto Yamaha hasta las cotas más altas del infame *Morro do Macaco*, o *Cerro del Mono*, en el sur de Bombinhas, para hacer una excursión especial en moto para Carlota.

Supuso que a Carlota le encantaría.

Los dos descargaron la moto del remolque y recorrieron las carreteras del Morro. Dos carriles azotados por el viento les dieron la bienvenida, así como los omnipresentes arbustos y árboles. Carlota, con el corazón en la garganta, abrazó con fuerza a Aarón.

Al llegar a la cima de uno de los picos más pequeños, subieron todo el borde para disfrutar de las vistas de 360 grados del Atlántico. Les costó mucho trabajo esquivar raíces resbaladizas, charcos de agua con sabor a pez, rocas enormes, escalones de hormigón agrietados y hordas de turistas que iban y venían. De vez en cuando se tambaleaban hasta los bancos, se desplomaban y pesaban. Hacía mucho calor.

Finalmente, llegaron al pináculo más alto, a media milla sobre el nivel del mar. Con cuidado de no resbalar, Carlota se acercó de puntillas al mirador donde el agitado Atlántico rociaba los acantilados como el géiser, Old Faithful, en Wyoming. Carlota observó el voluminoso número de embarcaciones amarradas en los canales de la ensenada.

"Es impresionante, Aarón", Carlota se apartó el pelo de la cara y disparó otra foto.

Justo cuando lo hacía, se le voló el sombrero.

"Gritó Carlota mientras corría hacia el sombrero.

"Para", dijo Aarón, "vas hacia el borde".

Carlota frenó en seco y su sombrero voló en una térmica y cayó como un avión de papel en el océano.

"Piensa, Carlota, con este viento, ese sombrero estará en Buenos Aires por la mañana". Se rieron.

Cerca de un pequeño claro privado en el bosque, cayeron abrazados, ya fuera por puro agotamiento o por puro amor. Allí tumbados, con los rostros levantados, se cogieron de la mano y buscaron las nubes ondulantes que siempre les hacían reflexionar.

"¿Crees que te quedarás en Brasil después de tu paréntesis de tres meses?".

"Aún no lo sé", dijo Carlota.

"Toma, deja que te convenza". Se inclinó hacia ella, la rodeó con los brazos y la asfixió a besos en los ojos, los labios, las mejillas y el cuello. Sin aliento, le dijo: "Siempre te querré".

"Oh, Aaron, tal vez me amas porque soy diferente, soy extranjera, nada más".

"Sí que eres especial, no porque vengas de Estados Unidos. Has aprendido otros idiomas y te has interesado por lugares que la mayoría de la gente no conoce. Estoy impresionado contigo. No te equivoques. Te quiero. Quiero un futuro juntos".

Ella le besó. Entrelazaron sus cuerpos, exhalaban suspiros de alivio y se relajaron.

"¿Has sabido algo más de Miguel sobre Bruno?"

"No, pero no estropeemos nuestra salida con Bruno, ¿vale?"

"Claro, Aaron, lo siento".

"¿Echas de menos la revista People y redactar artículos sobre famosos? A mí me parece un trabajo de primera".

"Sí, pero eso es el pasado. Ahora estoy haciendo una nueva vida". Se inclinó hacia ella y le besó la cara.

Carlota se daba cuenta cada vez más de que había tomado la decisión correcta de venir a Brasil. La vida más allá de Tennessee le había proporcionado una excitante actitud extranjera, una nueva perspectiva, amigos maravillosos y un amante recién encontrado.

Aaron arrancó la moto. Bajaron por la montaña hasta el restaurante frente al mar, al pie de la colina, el Sabo do Mar. Una vez allí, Carlota pasó la pierna por encima del asiento y se dirigió directamente al baño para refrescarse.

Acompañados a la mesa, estudiaron el menú y disfrutaron del plato local favorito, pescado a la Hermes, salmón, con berza frita y judías.

"Ha sido un día precioso contigo, Aaron". La besó, le prometió más días maravillosos y se marchó.

CAPÍTULO 37 - ACOGIDA

Preocupada por la pequeña Marcia, Carlota cogió un taxi para ir a casa de Juanita Villareal y se encontró con la sorpresa de que Juanita había devuelto a la niña a la horrible institución regional.

Tras este desagradable giro de los acontecimientos, Carlota se inscribió en el programa de certificación de acogida de la oficina de Servicios Sociales. Tras la debida diligencia y cinco sesiones, aprobó todos los requisitos para obtener el certificado.

Carlota se reunió con Juanita. "¿Estás segura de que te parece bien que Marcia viva en una institución? ¿Necesita Marcia asistencia médica?".

"No lo sé", respondió la madre. "Hace tiempo que no la veo. Vamos a verla. ¿Podría llevarnos?"

"Por desgracia, debido al trabajo, sólo puedo volver al final de la semana".

"Esperaré. Nos vemos al final de la semana". Juanita le dio la espalda. Carlota retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

Carlota soñaba con la próxima visita de la pequeña Marcia y no veía la hora de verla. Después de una semana de clases, recogió a Juanita en un taxi y llegaron al centro infantil al atardecer.

Mientras recorrían un largo pasillo hasta la habitación de Marcia, Carlota escudriñó las habitaciones contiguas en busca de limpieza.

Marcia, como un pequeño querubín, yacía dormida en su cuna toda ataviada con pañales blancos limpios y un pijama de lunares. Cabras, ovejas y ponis galopaban sobre el papel pintado. Carlota sonrió.

Juanita cogió a su bebé, la abrazó y luego se la entregó a Carlota. Carlota entró en calor. Rodeó con sus brazos el pequeño cuerpo de Marcia y le acarició el cuello. Marcia arrullaba y chillaba de placer; sus brazos y manos golpeaban el hombro de Carlota.

Carlota adoraba el olor de los bebés, el talco y la piel fresca. Su corazón rebosaba de esta princesa con cara de ángel.

En la clínica habían pasado horas alimentando, bañando, mimando y limpiando a Marcia para que recuperara toda su salud. Ya no tenía la barriga hinchada, ni hongos en los oídos, ni erupciones en el culito.

Pero el bebé volvió a casa con Juanita. Cada dos semanas, los domingos, Carlota cuidaba de Marcia. Con el tiempo, el bebé empezó a mostrar signos de abandono: ropa sucia, cara sucia y

desnutrición.

Una mañana, Carlota fue a casa de Juanita con la excusa de una visita inocua.

El rostro de Juanita se endureció al ver a Carlota en la puerta, pero se calmó poco después. Se rió. "Tengo que ir a un sitio por un trabajo. ¿Te importaría cuidar de Marcia mientras estoy fuera?".

"Claro, yo puedo cuidar de Marcia", dijo Carlota. "Sostendré al bebé mientras duerme y luego le daré el biberón cuando se despierte".

"Te agradezco mucho que hayas venido", halagó Juanita, pero Carlota se quedó incrédula.

Carlota estuvo todo el día pendiente del bebé. La cogía en brazos y admiraba su carita suave y bonita y su pelo alborotado.

Tengo en brazos a un precioso bebé brasileño. Está tranquila en mis brazos, sin gruñidos en el estómago, limpia, sin la camisa sucia ni el pañal manchado. Si tengo algo que ver con ella, no se acordará de aquella incineradora asquerosa ni de esta casa.

A la hora de comer, el bebé se quejaba, a la hora de jugar, agitaba los brazos y sonreía, a la hora del baño, chapoteaba en el agua tibia como un patito luchador.

Tras una larga ausencia, el fantasma gris volvió a aparecer. "Quédate en Brasil". Luego se desvaneció en pequeños cristales blancos.

¿Por qué sigo viendo a este hombrecillo? Ojalá me dejara en paz. Una cosa más de la que preocuparme.

Estaba claro que Juanita no podía cuidar de Marcia. Hizo que le quitaran el bebé de las manos y Marcia se trasladó definitivamente a la institución.

Consternada, Carlota colaboró con un abogado para convertirse en la madre de acogida de Marcia. Después de ocho semanas y unas cinco entrevistas de los Servicios Sociales, más las quince entrevistas de sus compañeros de colegio y otros solicitantes de acogida, adjudicaron Marica a Carlota.

"Dios mío", dijo Carlota. Se puso en contacto con sus amigos y familiares para comunicarles la fabulosa noticia. Cuatro la felicitaron; el resto, no. A ella le daba igual.

De inmediato, Carlota y sus amigas adquirieron muebles, pañales y ropa de bebé, alimentos y medicinas, y se trasladaron a una suite de hotel en el piso de arriba, con una vista del océano similar, pero más amplia. Habría sitio de sobra para Carlota, el bebé y la jefa, Bella.

Estoy muy contenta, sonrió Carlota.

CAPÍTULO 38 - SUSPENSO

Sólo una semana más tarde, Carlota, de compras con Marcia, fue atacada y tiroteada en la puerta de un banco de Bombinhas. Los guardias de seguridad la estabilizaron en el vestíbulo del banco mientras esperaban a la ambulancia y a los médicos. Cuando llegaron, la trasladaron a un hospital de urgencias, donde médicos y enfermeras empezaron a tratarla.

Los amigos de Carlota, Martin y Eva, viajaron a Sao Paulo con los padres de Carlota nada más conocer la noticia. Se subieron a un autobús y bajaron por la costa hasta Bombinhas, donde Carlota fue ingresada en el hospital. Sus amigos y familiares se alojaron en un hotel cercano para supervisar su recuperación.

Aaron, al no tener noticias de Carlota para su cena del día siguiente, llamó a Jennica y luego a la policía y a los hospitales para pedir información. Había oído en las noticias que se había producido un tiroteo, pero en ningún momento lo relacionó con Carlota.

Con un sexto sentido, Aaron se subió a su coche y condujo a toda prisa hasta el hospital, donde descubrió que Carlota había resultado herida en el tiroteo.

"Dios mío", dijo Aaron. "¿Cómo ha podido pasarle esto a Carlota? ¿Y qué hay de Marcia?".

Nadie conocía el alcance de las heridas ni el pronóstico de Carlota. Durante las horas de visita, su familia, sus amigos y Aaron se reunieron en torno a su cama, se cogieron de la mano, rezaron y esperaron un desenlace rápido y positivo.

"Estoy enfermo, asqueado", le dijo Aarón a la madre de Carlota. "Me sorprende que hayáis encontrado un vuelo que os traiga aquí en un tiempo récord".

"Estamos agotados", gritó su madre, "esperamos noticias del médico".

Enfermeras y médicos, con poco tiempo para dar explicaciones, entraban y salían corriendo con agujas, medicinas y constantes vitales.

Aaron rezaba más que nunca, casi por horas, como un monje. Se hizo útil y cuidó de Bella, la gata de Carlota.

No podía dormir ni comer. Necesitaba a Carlota porque ella, y sólo ella, había abierto su caparazón endurecido y le había dado la vida. Incluso ahora, su vínculo actual con Carlota se aceleraba.

La policía recorría el pasillo de la habitación de Carlota. Necesitaban que les diera información sobre el tiroteo y sobre el tirador. Pero nada. No se había despertado.

Sus padres y amigos, instalados en una sala de espera cercana con mantas y almohadas que les había dado el personal del hospital, se preocupaban por la suerte de Carlota. Aún no había noticias. Las enfermeras venían cada hora a cambiar las agujas o a administrar más medicamentos, y cada vez la familia esperaba un milagro.

El personal del hospital llamó al capellán del hospicio, que llegó y entró en la habitación de Carlota.

La policía se marchó.

"Vamos con Carlota", susurró Aaron a los demás. "Dejad las almohadas. Han llamado al capellán del hospital. No es buena señal".

Aarón ayudó a sus asustados padres a levantarse del sofá y caminó con ellos del brazo hasta la cabecera de Carlota. Ava y Martin les siguieron llorando.

El capellán cogió la mano de Carlota y, mientras una enfermera miraba, los párpados de Carlota parpadearon. Su madre parpadeó dos veces. Aaron se quedó inmóvil. La mano de Carlota se agitó.

"Dios todopoderoso, por favor, mira a esta familia en duelo. Ayuda a nuestra paciente a sobrevivir a los disparos que ha recibido. Por favor, derrama tu misericordia sobre esta familia. En el nombre de Dios, Amén".

Carlota movió la cabeza, abrió los ojos, miró alrededor de la habitación.

"¿Qué... está... pasando? ¿Dónde está mi bebé? Carlota hablaba arrastrando las palabras, respiraba entrecortadamente, movía los párpados y luego se desplomó sobre la almohada y se durmió.

"Mira. Está volviendo en sí", gritó su madre.

El Dr. Gerona las llevó aparte. "Un momento, por favor. Le daremos más tiempo para que descanse".

"De acuerdo", se controló la madre de Carlota y bajó el volumen. "Tendremos paciencia".

"Las enfermeras seguirán atendiéndola, y ustedes deberían volver a sus habitaciones de hotel y dormir un poco. Llamaremos si algo cambia".

"Claro", dijo Aaron.

"Sólo prepárense para los próximos días, cuando parece que ella puede estar lista para sentarse y hablar con la policía y tal vez caminar".

"Ah, esperamos que lo haga", dijo el padre de Carlota.

Aaron rezó. "Por favor, querido Dios, cuida de Carlota. Ayúdala a recuperar la salud. La quiero. Amén".

A los pocos días, Carlota se incorporó. Reconoció a Aaron, a sus padres y a sus amigos.

"Querida", dijo su madre y la aplastó a abrazos. Carlota se apartó. Buscó a Aarón, que la besó y le dio un simple abrazo.

"Madre mía. Nuestras plegarias han sido escuchadas", dijo Ava.

CAPÍTULO 39 - SOBREVIVIR

Carlota había sobrevivido a la terrible experiencia, pero ¿seguiría curándose? ¿Sería permanente el daño? ¿Tendría que enfrentarse a un trauma continuo?

Carlota se incorporó, levantó las piernas de las sábanas, de una en una, y las puso sobre el borde de la cama. Levantó la grupa y, con la fuerza de sus brazos, se desplazó en silla de ruedas hasta el gran ventanal que había al lado de la habitación. Contempló el día soleado mientras respiraba entrecortadamente.

"Mira eso", sonrió Aaron. "Lo va a conseguir. Un nuevo día, una segunda oportunidad". Los amigos y la familia vitorearon como quien celebra un cumpleaños importante.

"Ya ha pasado el susto", dijo el Dr. Gerona al entrar en la habitación. "Ha hecho grandes progresos". Cogió la mano de Carlota, le tomó el pulso y se sintió aliviado. "Se va a poner bien. Un problema podría ser su memoria sobre toda la experiencia, pero su cuerpo sanará".

Con voz mucho más grave, el médico susurró a una de las enfermeras: "Llama ya a la policía. Están listos para interrogarla".

Cuando se calmó el jolgorio, llegó la policía. Los padres y amigos de Carlota tuvieron que marcharse mientras duraba el interrogatorio para no excitar a Carlota.

"Pero tenemos que estar con Carlota para apoyarla", dijo la madre de Carlota. "Este es un país extranjero". La policía lo entendió y lo permitió.

Aarón se dirigió de mala gana a la sala de espera con los amigos de Carlota. Se sentía como un cachorro abandonado. Sabía que debería haber estado con Carlota; ella lo habría querido. Pero el hecho de que no estuvieran casados lo impedía.

Como una formalidad, dos oficiales, el oficial Méndez y el oficial Adiz, comenzaron sus preguntas para obtener su versión de la historia.

Para preparar el terreno, Méndez preguntó: "¿Cuál es su nombre completo?".

Cansada, pero alerta, Carlota respondió: "Carlota Jean Annesley".

"¿Dónde tiene su residencia permanente?"

"En Nashville, Tennessee".

"¿Por qué ha viajado a Brasil?"

"Para un puesto de profesora".

"¿Le gusta este trabajo?"

"Me encanta.

"¿A quién conoces que te haría esto en Brasil o en tu país?".

Carlota lloró. "Nadie, nadie en absoluto".

"Cuando saliste del banco aquel día, ¿viste u oíste un coche alejarse a toda velocidad? ¿O alguna otra cosa sospechosa o fuera de lo normal?".

"Sucedio muy rápido", dijo mientras se secaba las lágrimas. "Me preocupé por mi bebé. Me di cuenta de que un pequeño vehículo rojizo, no sé de qué tipo, se alejaba a toda velocidad porque dejaba tras de sí un espeso humo de tinta. El tubo de escape o el motor también gruñían. Muy ruidoso".

"Muy buena información", dijo el agente Adiz.

Y a la madre de Carlota añadió: "Si hace falta, seguiremos en contacto a medida que vaya cogiendo fuerzas".

Después de la primera reunión, los amigos de Carlota volvieron a entrar y se sentaron en las sillas junto a su cama. Carlota echó un vistazo a las personas que la querían. Llegaron las flores de Aarón, hermosas rosas rojas con aliento de bebé, junto a cuencos de orquídeas moradas de sus compañeros de colegio.

¿Por qué me ha pasado esto? se preguntó. ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Quién es mi enemigo?

Aaron pensó lo mismo. ¿Quién ha podido hacerle esto a esta hermosa mujer? Carlota es nueva en Brasil. ¿Fue un golpe de identidad equivocada? ¿El autor pensó que ella participaba en el tráfico de drogas? La otra noche en el parque con los cuatro jóvenes. ¿Se equivocaron al pensar que Carlota era una drogadicta y buscaron venganza?

Mientras estaba allí sentado, su rabia crecía hasta el punto de arder, su respiración se entrecortaba y su corazón latía con fuerza.

CAPÍTULO 40 - SOSPECHOSO

Los agentes Méndez y Adiz interrogaron a los guardias de seguridad del banco el día del tiroteo para ver si podían arrojar luz sobre el autor.

"¿Alguien vio algo sospechoso la mañana del tiroteo?"

"Sí, lo vi", dijo un guardia de seguridad. "Durante las tres semanas anteriores al tiroteo, un joven desaliñado y de aspecto enfadado, pero inofensivo, merodeaba por el vestíbulo del banco casi todos los días. Todos en el banco le conocían como Bruno Silva, un cliente de toda la vida".

"El día del tiroteo", añadió otro guardia, "un empleado del banco vio a Silva entrar por la puerta principal, sacar dinero y luego cruzar la calle a la carrera hasta ese café de allí."

"¿El Café Coração?"

Con estas pruebas tangibles, la policía se apresuró a cruzar la calle hasta el Café Coração para interrogar a sus empleados. Los acorralaron en una oficina trasera y empezaron con las preguntas.

"¿Alguien del café vio el tiroteo a principios de esta semana?"

"Sí", dijo Adrianna, una de las camareras. "Un hombre que parecía preocupado bebió copiosas cantidades de café durante toda la mañana. Tenía el pelo castaño y grueso, ojos pequeños y brillantes. Tenía un aspecto que daba miedo".

"Cada vez estaba más enfadado", añade otro camarero, João. "Le oí balbucear consigo mismo. Parecía poseído. Al final, echó la silla hacia atrás y la tiró por encima de tres mesas, al otro lado de la sala. Casi atropella a un anciano y a una chica. En dos segundos, salió corriendo, blandió un arma y disparó pop, pop, pop, pop, pop. Llamé a la policía mientras corría.

"Arruinó nuestra tienda", dijo Adriana. "Rompió vasos, mesas y sillas. Basta con mirar todos los daños que aún hay aquí. El cerdo".

"Vamos a buscar a este Bruno Silva", empujó el oficial Méndez.

A medida que el sol subía más alto en el día, las pruebas subían más alto. Setenta y dos horas después, la policía encontró a Bruno Silva en Sao Paulo agazapado en casa de un amigo. Le acorralaron con acusaciones que no podía negar.

La policía de Sao Paulo detuvo a Bruno y metió su corpulencia de dos metros en el coche swad y lo trasladó a la comisaría de Bombinhas.

"Sí, lo hice", confesó un desafiante Bruno. "Y también me alegro. No me importa lo que me

pase a mí ni a nadie".

Aaron hizo hincapié en lo que había oído en las noticias. "Cómo se atreve Bruno a hacer daño o a intentar matar a Carlota, precisamente. Ese hijo de puta. ¿Qué le pasa?".

Pero Aarón lo recordaba bien. Sabía que la trayectoria de su amigo había caído en picado cuando cumplió dieciocho años, se unió a una banda y cayó libremente en el hurto, el robo y las drogas. Aaron y su padre intentaron detener su trayectoria descendente, pero ya era demasiado tarde.

Entonces, ¿qué llevó a Bruno a hacer esto? Aaron tenía una pista.

Bruno había estado celoso de Aaron toda su vida. Aaron tenía más amigos y novias que Bruno, con diferencia. Aaron tenía éxito en la escuela y destacaba en los deportes. Pero lo más importante era que Aaron tenía una novia nueva y despampanante, de Estados Unidos. Esto condenó a Bruno y lo llevó al límite.

CAPÍTULO 41 – REFLEJAR

Las heridas de Carlota se estabilizaron tras el devastador tiroteo. Su recuperación se aceleró a medida que salía de la cama del hospital todos los días, al principio como una muñeca de trapo, con el pelo despeinado y sin maquillaje, y luego dando vueltas por los pasillos del hospital como si estuviera en la pista de atletismo de un instituto.

Aaron desarrolló un profundo amor y compromiso con Carlota y su felicidad a medida que escudriñaba sus progresos.

"Ella es especial. No todo el mundo podría sobrevivir a un tiroteo de pesadilla como éste".

Todos los días se sentaba junto a su cama, guardaba silencio sobre Bruno y le cogía la mano mientras dormía la siesta. Soñaba con un futuro con ella, Zeke, Marcia y Bella.

Aaron también sacaba tiempo para ver cómo estaba Marcia en la guardería del hospital. La pequeña Marcia, con un mono azul oficial y pañales de tela, esperaba sus visitas. Se agarraba y sacudía las barras del corralito cuando él entraba y culminaba la visita con una sonrisa regordeta y una risita. Jugaba al cucú con ella hasta que saltaba como un conejo.

Cuando los padres de Carlota decidieron que Carlota tenía la capacidad y la fuerza para asimilar la identidad de su tirador, se apresuraron a ir al hospital y le susurraron: "Han encontrado a la persona que te disparó".

Carlota se incorporó de un salto en la cama, pero se detuvo. Se sentó y lloró de dolor: "¿Quién?".

"Fue ese hombre salvaje, Bruno, el viejo amigo de Aaron; ¿puedes creerlo? Con toda la audacia de disparar a mi hija, no una sino cuatro veces. No le ha hecho nada, salvo existir".

"Podrían haberme matado", lloró Carlota, con la cabeza dándole vueltas hasta que su madre le puso la mano en el hombro. "Tendré problemas médicos crónicos toda mi vida. Puede que no pueda tener más hijos". Enterró la cara con las manos, le temblaron los hombros; se le apretó el estómago.

"No te hagas problemas, Carlota", la tranquilizó su madre y la rodeó con el brazo. "Eres joven y te recuperarás. Sólo llevará tiempo".

El incidente del tiroteo obligó a Carlota a reevaluar su vida; a pensar en su vida pasada en Nashville y en su vida actual en Bombinhas.

Me siento como en una especie de niebla llena de espejos distorsionados. ¿Cómo puedo salir?

¿Cuál es la respuesta?

¿Qué he hecho yo para provocar este tiroteo? Vine a Bombinhas a trabajar, y también encontré el amor. No planeaba alejar a Aaron de su amigo de la infancia y de su extraño sentido de la amistad.

Carlota, siempre comprensiva, pensó que Bruno debía de haber tenido una educación fracturada. O algo le impactó de niño que le hizo convertirse en un criminal. Quizá la genética influyera. Nunca se sabía qué impulsaba a una persona a la violencia.

Carlota nunca tuvo celos de nadie que se enamorara. Disfrutaba cuando sus amigos se enamoraban o se casaban, y no se desesperaba si no volvía a verlos. No acechaba. Sólo quería que sus amigos fueran felices. Pero no todo el mundo estaba de acuerdo.

A Carlota le encantaba enseñar inglés en Bombinhas. Quería más a Aaron. ¿Pero quería quedarse en Brasil? ¿En una situación peligrosa? Sólo por salir de un banco, podría haber perdido la vida. O podría encontrarse con traficantes de droga en la playa. En todas partes había violencia, ella lo sabía, incluso en Tennessee.

Se preguntó si había mordido más de lo que podía masticar. Había viajado a más de quince países extranjeros. Comprendía las diferentes expectativas, los diferentes procesos, los diferentes puntos de vista. Bombinhas podría no ver a las mujeres tan bien. Pero eso era lo que le gustaba de viajar. Ampliaba la mente.

Ansiaba el lugar que tan bien conocía, Nashville, donde su salud y su seguridad estaban garantizadas. Pero también sabía que si volvía allí, se habría rendido. Pero de ninguna manera podía quedarse y vivir otro tiroteo en Bombinhas. La próxima vez podría perder la vida.

CAPÍTULO 42 - Languidecer

Carlota hizo la maleta. Colocó toda su ropa, zapatos y joyas en sus compartimentos. Compró una caja para Bella y parafernalia de bebé para Marcia para el largo vuelo de regreso a Nashville.

Hizo un rápido viaje a la Escola Básica para comunicar a sus colegas, uno por uno, que se trasladaba a Tennessee. Desanimados, todos la abrazaron, pero le dijeron que comprendían su decisión.

"Me encantaba estar con vosotros", dice Carlota llorando. "He aprendido mucho de ti, de los alumnos y de Bombinhas". Pronto reapareció su semblante alegre. Ellos, a su vez, la inundaron de cumplidos sobre su idea del mapa salino.

Carlota se dirigió a su hotel para reunirse con Aaron. Esa noche salieron a cenar y volvieron a recoger a Carlota.

Ella le explicó que le quería pero que, desde el tiroteo, debía volver a Nashville.

"Es demasiado para mí, me temo". Se derrumbó. "Me duele el corazón".

Con lágrimas en los ojos, Aaron le suplicó que no se fuera.

"Necesitamos estar juntos", susurró Aaron. "Estábamos destinados a estar juntos. Los últimos tres meses no han mostrado los cimientos de nuestro verdadero amor."

"Pero alguien podría haberme matado, Aaron. Por culpa de un amigo tuyo. ¿Quién dice que no saldrá o que otro acabará el trabajo?".

Aarón acarició y besó a Carlota. Ella enterró la cabeza en sus fuertes hombros. Volvieron a abrazarse, Carlota se apartó y se separaron por última vez.

Carlota regresó a Nashville con Bella y Marcia a cuestas. Llegaron tarde aquella noche. Tras abrir la puerta principal, entró en el vestíbulo y se dirigió al estudio.

"Estoy en casa", rió nerviosa, pero todo en la habitación le parecía nuevo. ¿Estoy realmente en casa? Carlota dejó la caja en el suelo y al bebé en el sofá.

El extraño hombrecillo del traje azul estaba de pie junto a la chimenea. La señaló con el dedo. "Brasil", murmuró. "No quieres quedarte aquí. Aquí no hay nada, sólo recuerdos".

"No, estoy en casa". replicó Carlota.

Volvió a mover el dedo. "Sólo te has centrado en la curva de la carretera... no estás mirando el camino que tienes por delante".

Su hijo, Zeke, y su fiel perra, Honey, cogieron el primer autobús a casa desde Atlantic City. Pero el gran tiroteo de Bombinhas le pilló desprevenido. Empezó a morderse las uñas y a

retorcerse el pelo. Volvió al colegio con sus amigos como antes, pero no se presentó a las pruebas de la pequeña liga de fútbol.

Carlota almorzaba con Martin y Ava Suárez en el Fox Elroy cada vez que venían a la ciudad, casi como en los viejos tiempos.

Pero los "viejos tiempos" ya no existían. Primero, Jaden no estaba allí. Segundo, Carlota había tenido una experiencia cercana a la muerte en Brasil. Ahora vivía su vida en Nashville de nuevo, su ciudad natal segura, esta vez con un nuevo bebé y un gato rescatado.

Una vez más, en su patio trasero, en la misma tumbona con su delicioso té caliente, esta vez meciendo a su bebé, volvió a reflexionar sobre la experiencia de Bombinhas. Se había enamorado dos veces; primero de Marcia, su bebé, y luego de Aaron. Después de un mes en Nashville, se sentía inquieta y vacía. Echaba de menos los estímulos de Bombinhas y hablar una lengua extranjera.

Voy a buscar mi antiguo trabajo en la biblioteca. Esto debería llenar el vacío. ¿Pero sería feliz en Nashville sin Aaron? Me pregunto si Aaron ha seguido adelante.

Carlota, con la ayuda de su amiga Nan, volvió a su antiguo trabajo. Trabajaba todos los días en la biblioteca, llevaba y traía a Marcia a la guardería y llevaba a Zeke a la escuela. Hacía la comida, bañaba y fomentaba el tiempo de descanso con su pequeña familia.

Cada día realizaba sus aburridas actividades como un hámster en una rueda. Se alegraba cuando Aaron la llamaba o incluso la visitaba. Pero no era suficiente.

¿De verdad quiero seguir así? ¿Esta va a ser mi vida de aquí en adelante? Amo a Zeke, Marcia, Honey y por supuesto a Bella. Siento que debería estar en Brasil.

Sus padres la animaron a quedarse en Nashville. Pensaban que Carlota necesitaba más tiempo para adaptarse al rodaje y a Aaron.

Su madre dijo: "Nashville es más seguro para ti y para Zeke, así como para el bebé". Y Trammel retiró los cargos por agresión. No tendrás que preocuparte por eso". Imágenes sombrías de un Brasil violento hicieron estragos en la mente de su madre.

Tonterías. No me importa escuchar dos frijoles de mi madre. Quiero oír hablar de Aaron. Fui yo el que explotó, ¿no? Sé que sólo yo tengo la llave de mi felicidad. Nadie más la tiene. Los brasileños son mi gente.

Cuando Aaron volaba a Nashville disfrutaban de su mutua compañía con cenas fuera, bandas de Nashville y pubs.

Aaron practicaba fútbol con Zeke; alimentaba con biberón a Marcia; cambiaba pañales. Y, por supuesto, acariciaba a Bella y Honey. Cada vez que Aaron se marchaba a casa, Carlota se hundía como la Bruja del Oeste que se derrite.

Aaron suspiraba por Carlota en Bombinhas. Carlota suspiraba por Aaron en Nashville. Ambos

languidecían el cien por cien del tiempo.

A diferencia del Aaron feliz de siempre, se volvió llorón. Le rogó a Carlota que por favor volviera a su casa en Brasil.

"Deberíamos estar juntos", volvió a decir Aarón.

Harto de idas y venidas, Aaron le anunció a Carlota sin rodeos: "Me voy a Nashville y te llevo conmigo. Ya es hora. Recuerda que uno pasa una vez por esta vida".

CAPÍTULO 43 - FINALES

Carlota, ¿quieres casarte conmigo?"

"Dios mío", dijo Carlota. "Oh, sí." A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se quedaron juntos, se abrazaron y se besaron. "Hay algo peor que recibir un disparo", dijo Carlota. "No tener amor o cargar con una vida llena de remordimientos. Quiero hacerte feliz en Bombinhas, donde empezó nuestro amor".

Ambos sabían que les esperaba un futuro apasionante.

Zeke presumía ante sus amigos. "¿Pueden creer que viviré en Bombinhas?" Se burlaban y le recordaban que tendría que aprender portugués.

Carlota se reunió con su jefe, le dio las gracias y entregó su preaviso de dos semanas. Llamó a un agente inmobiliario para empezar a vender su casa y sus muebles.

Ella y Zeke empaquetaron baúles, maletas, artículos para bebés y mascotas. Carlota sentía que había acaparado el mercado de la "felicidad"; no podía dejar de sonreír. Jayden y Nashville, antes su increíble vida, ahora significaban su pasado.

El hombrecillo azul asintió y guiñó un ojo a Carlota, y luego se desvaneció para siempre.

Estaba impaciente por empezar una nueva vida con Aarón. Carlota había soñado con una vida en el extranjero. Su sueño se hizo realidad, pero pagó un precio muy alto. Humilde y agradecida, Carlota juró tener una vida feliz en Bombinhas con Aaron.

Aarón compró su nueva casa en el barrio de Mantegna, al noroeste de Bombinhas. Se mudaron y a los seis meses se casaron.

Los amigos y los padres de Carlota la visitaban cada dos meses, siempre en un ambiente festivo. Sus padres compraron allí una segunda casa.

Carlota soñaba despierta con su vida y la de Aarón dentro de treinta años. Tendrían más de cincuenta años, cuatro hijos mayores y entre ocho y diez nietos. Además, otros tantos perros y gatos. Seguirían trabajando y viajando. Se mudarían más cerca, si no a la costa atlántica, con unas cuantas hectáreas para que jugaran los nietos.

Carlota reía más a menudo. Su ansiedad desapareció. Tenía un resorte en el paso casi como un ganador de la lotería de 10.000 dólares.

Podría haberse quedado en Nashville, pero si se hubiera quedado, nunca se habría puesto un manto diverso con todas sus galas y defectos. No se había limitado a desear o esperar, sino que

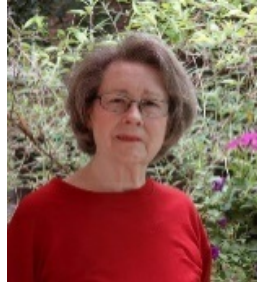
se había preparado y había actuado.

Tras unos meses de matrimonio, Carlota se enfundó en un vestido rosa y blanco de manga corta "Be-Easy-Babe". Al mirarse al espejo, sonríe ante su propio reflejo. Se peinó hasta que el pelo crepitó de electricidad, se aplicó brillo de labios, sombra de ojos y perfume.

Carlota cogió su bolso, examinó su dormitorio y salió por la puerta principal justo cuando Aarón, que había vuelto de la oficina, llegaba en su deportivo blanco para llevarla a su marisquería favorita, el Sabo do Mar.

SOBRE LA AUTORA

ELLEN



Ellen Lopez es escritora creativa, autora, autora de memorias y editora. Disfruta escribiendo libros tanto para jóvenes adultos como para niños y ha presentado sus libros en librerías, escuelas y clases de la iglesia.

Lopez vive en Charlotte, Carolina del Norte, escribe todos los días y viaja varias veces al año con su familia.

